

**Universidad ARCIS
Escuela de Historia y Ciencias Sociales**

**Programa de Investigación:
Movimientos Sociales: políticas del pacto, el disciplinamiento y la resistencia
en el Chile del siglo XX y actual**

**Proyecto: Los movimientos sociales populares y la izquierda chilena en la Unidad
Popular y su respuesta frente al golpe de estado de septiembre de 1973**

Perspectivas de análisis de la Unidad Popular: Opciones y omisiones

(Informe de Avance, octubre de 2004)

**Mario Garcés D
Sebastián Leiva F.**

**Universidad ARCIS.
Escuela de Historia y Ciencias Sociales
Programa de Investigación
Proyecto: “Los movimientos sociales populares y la izquierda chilena en la
Unidad Popular y su respuesta frente al golpe de estado de septiembre de
1973”**

**Perspectivas de análisis de la Unidad Popular: Opciones y omisiones
(Informe de avance, octubre de 2004)**

**Mario Garcés D.
Sebastián Leiva F.**

En nuestra propuesta de trabajo para el año 2004, definimos la realización de una revisión bibliográfica sobre la Unidad Popular, conducente a reconocer "los modos, enfoques, perspectivas con los cuales se ha mirado y evaluado la Unidad Popular y en particular sus relaciones con los movimientos sociales populares". Para estos efectos, procedimos a revisar parte de la extensa producción bibliográfica existente, considerando para este Informe de Avance, un total de 15 estudios realizados por políticos, periodistas, sociólogos, cientistas políticos e historiadores. Nos propusimos también elaborar un conjunto de fichas bibliográficas para cada texto revisado. Estas no sólo indican las referencias editoriales, sino una breve síntesis de los principales contenidos desarrollados en cada trabajo y se incluyen inmediatamente después de este informe.

Los 15 trabajos consultados fueron los siguientes:

- Clodomiro Almeyda. *Pensando a Chile*. (1986)
- Jorge Arrate y Eduardo Rojas. *Memoria de la izquierda chilena. Tomo II (1970 - 2000)*. (2003).
- Susana Bruna. *Chile: la legalidad vencida*. (1976)
- Hugo Cancino. *Chile. La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970 – 1973*. (1988)
- Luis Corvalán Lepe. *El gobierno de Salvador Allende*. (2003)
- Luis Corvalán Marquéz. *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*. (2000)

- Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián. *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*. (1983)
- Frank Gaudichaud. *Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970 – 1973*. (2004)
- Alfredo Jocelyn – Holt. *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. (1998)
- Fernando Mires. *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. (1988)
- Tomás Moulián. *Conversación interrumpida con Allende*. (1998)
- Gabriel Smirnow. *La revolución desarmada, Chile 1970 – 1973*. (1977)
- Jorge Timossi. *Grandes alamedas. El combate del presidente Allende*. (1974)
- Arturo Valenzuela. *El quiebre de la democracia en Chile*. 1989.
- Peter Winn. *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. (2004)

Los textos revisados dan cuenta de miradas provenientes de diversas disciplinas en el estudio del período de la Unidad Popular, lo cual nos hizo pensar que podríamos encontrarnos frente a una diversidad de actores, temas y campos de análisis relativos a este período de nuestra historia. Sin embargo, este presupuesto sólo se vio parcialmente confirmado, ya que la tendencia de la mayoría de los estudios ha sido, hasta ahora, constituir en objeto de análisis casi exclusivamente a los actores políticos "formales", es decir, los partidos políticos, las temáticas vinculadas a ellos (programas, tácticas, alianzas) y los ámbitos donde estos concentraban su accionar (sobre todo los diversos espacios del aparato estatal). De lo anterior se deduce prácticamente una "mirada común": la crisis de 1973 se explicará fundamentalmente a propósito del accionar de los partidos políticos, ya sea por su actuar ilegítimo y desleal (Partido Nacional y Patria y Libertad); por no saber gobernar (la Unidad Popular); por ser incapaces de llegar a acuerdos (DC y UP); por eliminar el efecto moderador del sistema (nuevamente la DC); o, por anularse mutuamente (bloque hegemónico de la UP v/s "polo revolucionario"). La mayor parte de las explicaciones giran entonces a un mismo campo: las tensiones, opciones u omisiones generadas en la superestructura ideológica y de representación política.

Del conjunto de textos revisados, sólo dos de ellos escapan a la matriz dominante. Los trabajos de Frank Gaudichaud y de Peter Winn. El primero de ellos, no sólo no se ocupa del espacio político institucional como ámbito de análisis, sino que además cuestiona algunas de las tesis que se han vertido sobre este, como aquella que haría prevalecer los factores externos para explicar la derrota de la Unidad Popular (intervención de Estados Unidos aliados con la derecha y las FFAA). Gaudichaud, además, si bien valora aquellas explicaciones que han llamado la atención sobre los propios límites de la izquierda así como los conflictos al interior del propio movimiento social, rechaza la tesis que sitúa esas diferencias como resultado de la constitución y convivencia durante la UP de un polo rupturista y uno gradualista, planteando que se debe salir de "... la lógica que

confunde la superestructura de Chile de este período, sus debates institucionales y sus conflictos ideológicos, con la realidad de la lucha de clases, en la base" (p. 16). Así entonces, Gaudichaud trasladará la opción de estudio desde los partidos políticos al "pueblo organizado", específicamente a los Cordones Industriales y, a propósito de ellos, a la problemática del poder popular.

Por su parte, Peter Winn realiza, casi dos décadas antes, una crítica similar a la de Gaudichaud, señalando: "La mayoría de los estudiosos de la revolución chilena la han visto en términos de las políticas partidistas, culpando a comunistas o demócratacristianos, socialistas o nacionalistas, extrema izquierda o extrema derecha por su curso cambiante y su conclusión trágica. Lo que estas interpretaciones divergentes tienen en común es su perspectiva: éstas son esencialmente visiones desde arriba, que asumen como hecho que los actores políticos nacionales eran los protagonistas principales en el drama revolucionario, e ignoran la relativa autonomía de los actores y movimientos locales" (pp. 20 y 21). Con lo anterior, Winn no desconoce la importancia de los "actores políticos nacionales", particularmente aquellos que se encuentran desarrollando la "revolución desde arriba", sino que pretende rescatar el protagonismo que adquieren los movimientos sociales que impulsan la "revolución desde abajo", particularmente el movimiento obrero y, de él, los trabajadores de la industria textil Yarur, a quienes nombra como "tejedores de la revolución".

Ahora bien, Gaudichaud y Winn representarán una excepción a aquella matriz que atraviesa al resto de los textos referidos, a saber, el protagonismo asignado a los "actores políticos nacionales" a la hora de analizar y explicar la Unidad Popular y la crisis de 1973.

1.- La matriz dominante: La acción de los partidos y la crisis del sistema político

El hecho de que se coloque el acento en el protagonismo de los partidos políticos no implicará sin embargo un tratamiento uniforme de ellos en cada uno de los textos de referencia, de ahí que podamos identificar dos vertientes principales¹:

a) Los que argumentan, con diversos matices, que la crisis institucional se desencadenaría en el momento en que la Democracia Cristiana, la principal fuerza política, deja de actuar como un centro político clásico, es decir, haciendo de equilibrio entre los extremos. En esta posición se encuentran Arturo Valenzuela, Tomás Moulián y Manuel Antonio Garretón, Alfredo Jocelyn – Holt y Luis Corvalán Marquéz;

¹ Es necesario señalar que ningún autor "aisla" a algún actor o causa para explicar la crisis institucional en general o la derrota de la Unidad Popular en particular. En todos los casos, en mayor o menor grado, la explicación es global, de ahí que esta síntesis en dos vertientes solo pretende identificar tendencias generales.

b) Los que explican la derrota de la Unidad Popular a propósito de los propios errores, vacíos y contradicciones de la izquierda. En este grupo, también con matices y énfasis particulares, se encuentran Susana Bruna, Gabriel Smirnow, Tomás Moulián, Hugo Cancino, Luis Corvalán Lepe, Fernando Mires y Clodomiro Almeyda.

La primera vertiente: el vaciamiento del centro

En la primera vertiente, sin dudas el más importante es Arturo Valenzuela, y esto porque será el que planteó por primera vez la tesis del "vaciamiento del centro" como explicación de la crisis institucional de 1973. Según Valenzuela, una de las características del sistema político chileno era su polarización, reflejado aquello en la articulación y participación de "extremos" políticos (comunistas y socialistas a la izquierda, liberales y conservadores a la derecha), los cuales eran sin embargo moderados por la existencia de un centro político pragmático que actuaba pendulármemente (los radicales), permitiendo así la negociación y conciliación de las diferencias al interior del sistema, a la vez que la legitimidad del mismo. Este rasgo y conformación del sistema político comenzaría a cambiar hacia los 60, cuando el viejo centro político es desplazado por la Democracia Cristiana, partido que adoptaría una perspectiva más ideológica que pragmática, eliminando la política de clientelismo y transacción, lo cual terminaría debilitando el frágil entendimiento de la política chilena y agravando la polarización que la caracterizaba.

Con sus respectivos matices, los planteamientos de Luis Corvalán Marquéz, Tomás Moulián y Manuel Antonio Garretón y Alfredo Jocelyn - Holt serán tributarios de la tesis de Valenzuela.

Variante 1 de la primera vertiente: Proyectos globales y polarización

Luis Corvalán M., por ejemplo, hará una lectura menos lineal que Valenzuela en la relación "desaparición del centro pragmático"/"polarización de las fuerzas políticas", señalando que la polarización del sistema se inicia con el paulatino surgimiento, desde fines de los 50, de tres "proyectos globales" que se combatían entre sí, adquiriendo en esa disputa particular importancia los partidos políticos rupturistas (PS, MIR, PN), los que habrían eclipsado a los partidos gradualistas e institucionales (PR, PC, DC), polarizando al extremo el escenario político, agravado aquello por la inexistencia de un centro pragmático que hubiese colaborado en el freno de aquella situación. De esta forma, Corvalán Marquéz invierte en algún grado el planteamiento de Valenzuela, aún cuando coincide centralmente con él al señalar que la polarización extrema se alcanza al desaparecer la fuerza política de equilibrio, es decir, el "centro pragmático".

Variante 2 de la primera vertiente: La des institucionalización

Para Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián por su parte, la crisis del régimen político en el período de la Unidad Popular se explicaría a partir del desarrollo de procesos de polarización, desinstitucionalización y deslegitimación, radicando el problema principal en la incapacidad del sistema político de soportar la destrucción del equilibrio que aportaba el centro. Aquello tendría su origen en la racionalidad de desinstitucionalización de la derecha quien, para anular o eliminar al gobierno, habría recurrido a la rigidización del sistema de elaboración legal, a la movilización de masas y a la violencia política, con lo cual además le quitaría legitimidad al sistema. Por su parte, la izquierda, que buscaba desplegar el conjunto de su programa sin tener mayorías institucionales, también terminaría ayudando en la desinstitucionalización. Las opciones anteriores debilitarían las bases del sistema político, favoreciendo la polarización del centro al perder su rol y espacio de negociador y árbitro, sumándose finalmente a la estrategia que favorecía las acciones extra institucionales.

Como se puede observar, Moulián y Garretón también señalan la incapacidad del sistema de soportar la destrucción del equilibrio que aportaba el centro, coincidiendo así con Valenzuela, pero aportando un matiz diferenciador al adosar la responsabilidad de la polarización a las fuerzas políticas extremas, las cuales, con su actuación, habrían favorecido la polarización del centro, mientras que el citado Valenzuela señalaba que la "ideologización" del centro a partir de los 60 había generado las condiciones para la polarización de la izquierda y la derecha.

Alfredo Jocelyn - Holt, último representante de la vertiente hasta ahora desarrollada, será quien más coincida con la tesis de Valenzuela. Según Jocelyn Holt, hacia los 50 se habían dado en Chile una serie de transformaciones que tensarían al máximo al sistema político, lo cual sin embargo no había implicado su ruptura, quedando sí en una situación de "frágil equilibrio". Este se habría quebrado hacia la década del 60, explicado aquello por la revolución cubana, la cual habría instalado a la revolución como la forma de llevar a cabo los cambios, por el desprestigio de las fuerzas que habían sido relevantes hasta los 50 y, principalmente, por el "mesianismo" de la Democracia Cristiana, que en aquella situación de "frágil equilibrio" habría convertido la reforma en revolución, y aquello porque, al dejar de actuar como un centro pragmático, eliminaría la necesaria fuerza de balance del sistema. Así entonces, Jocelyn - Holt señala que ya desde fines del período de la DC existirá un escenario de agitación, el cual se agudizaría con la UP, de ahí que plantee: "... es la DC la que durante su gobierno marcará la tónica que luego la Unidad Popular profundizará. En otras palabras, no es posible concebir la UP sin el gobierno que la antecede, y por ende, no es posible entenderla si no dentro de un contexto mayor en el que la radicalización ya

provenía de un "centrismo" centrífugo, que tensionaba más de la cuenta el clima político y social del país. Un país que, además, venía de tumbo en tumbo" (p. 109).

La segunda vertiente: El peso de los propios errores de la Unidad Popular

En la segunda vertiente que señalábamos - explicación de la derrota de la Unidad Popular a propósito de los propios errores, vacíos y contradicciones de la izquierda -, es posible identificar dos derivaciones principales, una que planteará que, siendo posible la "vía institucional" o "vía chilena", no se habían logrado generar las condiciones básicas para su desarrollo y defensa, y otra que señalará que, tal cual como ésta se había formulado y/o intentado implementar, era prácticamente imposible su proyección. En la primera vertiente se encuentran Tomás Moulián, Luis Corvalán Lepe, Clodomiro Almeyda, Jorge Arrate y Eduardo Rojas y Hugo Cancino, mientras que en la segunda es posible situar a Susana Bruna, Gabriel Smirnow y Fernando Mires

Variante 1 de la segunda vertiente: La necesidad de un acuerdo con la DC

Según Tomás Moulián en "Conversación interrumpida con Allende", la "vía chilena" requería de condiciones mínimas para su desarrollo - acumulación constante de fuerzas, realización progresiva de reformas, mayorías parlamentarias favorables a los cambios -, lo cual necesariamente implicaba la negociación con la Democracia Cristiana, cuestión que se habría hecho imposible ante las modificaciones del programa que exigía la DC y la respectiva negativa de la UP a llevarlas a cabo. A su vez, lo anterior se habría agravado (y, en parte, posibilitado) por las tensiones que subsistían en la izquierda, particularmente en el seno de la propia UP, estructurándose desde su origen dos estrategias, la de aquellos que optaban por los caminos tradicionales - Allende, el PC, el PR y sectores del PS -, y los que intuían la necesidad de nuevas opciones - sectores del PS y MAPU y, desde fuera, el MIR -. Esta división primigenia, que terminó en un "empate catastrófico", inmovilizó a ambos sectores, cuestión que se habría hecho mas grave al ser incapaces los "moderados" de conseguir negociaciones viables con la Democracia Cristiana, mientras que los "revolucionarios" eran incapaces de proponer soluciones radicales verosímiles, derivándose así en una cuestión central, en especial hacia fines del período: la ausencia de dirección política. A partir de lo anterior es que Moulián concluye: "La gran esperanza renovadora de la "vía chilena" chocó contra la ausencia de sus prerequisites mínimos, consecuencia, en parte, de la forma de estructuración del sistema político chileno, organizado para graduar los cambios. También sucumbió ante la imposibilidad de realizar ni la política de los "moderados revolucionarios" que buscaban construir (aunque a destiempo) un "bloque por los cambios" o, en su defecto, una alianza de contención "golpista", ni la política de los "radicales revolucionarios" que pretendían "avanzar sin transar" hacia la resolución del poder. Ese empate

catastrófico en el desarrollo de un proceso revolucionario, generó las condiciones para la realización del Golpe".

Los planteamientos de Luis Corvalán Lepe irán en la misma dirección de Moulián. Así, si bien señala otras variables - la intervención, fundamental, de EEUU, la transgresión del programa por parte del MIR y sectores del socialismo, la falta de una política militar que pudiese colaborar en la defensa del gobierno, el no frenar la abierta sedición de la derecha -, su conclusión incorporará centralmente el tema de la unidad de la izquierda y el acercamiento a la DC. Así, Corvalán Lepe señalará: "En mi opinión, a tres décadas de distancia del gobierno del presidente Allende, se puede afirmar que entre los principales factores que posibilitaron su derrocamiento y tras este los 17 años de dictadura fascista, estuvo - salvo en los primeros meses de gobierno - la falta de una dirección permanentemente única y amplia de Unidad Popular y en el gobierno, capaz de concebir, programar y ampliar, con audacia y sin sectarismo, una política que permitiera agrupar a la mayoría nacional en la lucha por transformaciones democráticas. Una tal dirección tenía que haberse orientado a lograr un gran acuerdo con la Democracia Cristiana e incluso a gobernar en conjunto, de manera de haber contado siempre con una correlación de fuerzas favorable a los cambios y, por consiguiente, con el respaldo mayoritario de la ciudadanía. Todo el programa de la Unidad Popular no lo compartía la Democracia Cristiana y, por esto, al menos podría haberse buscado y concertado acuerdos parciales. Esto había que considerarlo. Así se podría haber levantado un dique a la consumación de los planes de Washington y de la reacción chilena" (p. 264).

Clodomiro Almeyda no diferirá en mayor grado con las propuestas anteriores, aún cuando en uno de sus escritos abarcará centralmente el tema de la defensa material del proceso, es decir la cuestión militar. Según Almeyda, la izquierda subvaloró al adversario y sobreestimó sus fuerzas, lo cual habría llevado a que tanto la estrategia como las tácticas de las "fuerzas promotoras de la transformación" estuvieran "... fundadas en una apreciación equivocada, infundadamente optimista, y hasta triunfalista de la correlación de fuerzas en el país, correlación que se estimaba ampliamente favorable y suficiente para producir en Chile cambios revolucionarios" (p. 14). A propósito de lo anterior es que Almeyda señala algunas correcciones que se debían haber realizado, entre ellas el haber trabajado más la legitimidad del gobierno y haber establecido alianzas con el "sector avanzado de la DC", lo cual se habría intentado cuando ya era tarde. Respecto a las fuerzas de izquierda, el ex ministro llama la atención sobre la coexistencia de dos tendencias opuestas dentro de la UP - una que acentuaba la viabilidad del proceso y que objetivamente minimizaba sus dificultades y otra que enfatizaba la eventualidad del enfrentamiento, pero que no planteaba una forma concreta y realista para prevenirlo, controlarlo y vencerlo - y como aquello habría contribuido a "neutralizar la acción del gobierno, favoreciendo el inmovilismo en los momentos decisivos e impidió la formulación de una gran estrategia defensiva de la Revolución" (p. 25). Además de los dos elementos anteriores, Almeyda incorpora la cuestión militar como un factor de relevancia en la derrota de la UP. Así, señala que dado el conflicto social abierto y el efecto que esto tendría dentro

de las fuerzas armadas era previsible la ruptura del sistema político y la subversión militar contrarrevolucionaria, por lo cual se hacía necesario contar con una política militar, no avanzándose sin embargo en ello, señalando al respecto: "Hay, desgraciadamente, que constatar la ausencia, dentro del conjunto de grandes objetivos que se proponía realizar la Unidad Popular, de un gran proyecto de política militar (...) proyecto concebido y destinado a optimizar las condiciones favorables existentes para sustraer a las Fuerzas Armadas de su rol represivo, neutralizando al menos su capacidad política y militar de manera de evitar que los recursos de poder, total o parcialmente, se colocaran a disposición de la contrarrevolución, en el momento más agudo de la crisis" (pp. 81 - 85).

Jorge Arrate y Eduardo Rojas, si bien menos analíticos que los autores anteriores, al igual que ellos llamarán la atención sobre el problema de la alianza con el centro y el de la división en la izquierda, en particular hacia las postrimerías del período. A la vez, tangencialmente harán referencia al rol que jugaría la cuestión militar en la definición del proceso. Así, señalarán: "La UP enfrenta su momento más crítico, sin posibilidad de acuerdo con la oposición DC y sin capacidad para una ruptura y aceleración de los cambios. En agosto de 1973, las dos líneas que coexisten en ella han "fracasado", no se logra "consolidar" el proceso ni "avanzar" hacia etapas superiores de desarrollo. Dividido el movimiento popular, el gobierno de Salvador Allende se mantiene básicamente por el apoyo de las cúpulas constitucionalistas de los uniformados..." (pp. 140 - 141).

Finalmente, Hugo Cancino, cuyo estudio se centra en el estudio de las diversas variantes del poder popular entre 1970 - 1973, señala la imposibilidad, dado el carácter del Estado y la sociedad chilena, del esquema revolucionario heredado de la Tercera Internacional (y que había recogido el MIR y sectores del PS), de ahí su afirmación de que "El proyecto de la vía institucional al socialismo constituyó la única estrategia viable que las fuerzas populares podían proponer de acuerdo al contexto histórico estructural chileno" (p. 431) y, dada la crisis que habría desencadenado el proceso de reformas impulsado por el gobierno de Salvador Allende, el señalado proyecto solo podría sostenerse estableciéndose un consenso entre la política de la UP y la política de la Democracia Cristiana.

Variante 2 de la segunda vertiente: el carácter clasista del Estado chileno.

La segunda derivación que señalábamos es bastante más crítica respecto a las opciones reales de la UP, planteando centralmente que su derrota se habría originado en vacíos y supuestos de su estrategia de vía institucional, a la vez que en la forma en que se habría intentado implementar.

Quien mejor refleja la posición anterior es Susana Bruna. Según Bruna, quien realiza su análisis desde la teoría marxista del Estado, la UP no habría considerado los límites objetivos y contradicciones con que se encontraría su táctica, señalando que si bien la flexibilidad del Estado podía permitir el triunfo de

las fuerzas populares, difícilmente aceptaría la modificación de su contenido, cuestión que necesariamente implicaban las reformas económicas y políticas diseñadas, las que alterarían las relaciones de producción y la superestructura política y, con eso, el carácter del Estado. Así, según la autora, el error de la UP habría radicado en no considerar el carácter clasista del Estado y de sus instituciones, pensándose erróneamente que era factible su modificación desde dentro a partir de su conquista progresiva. Lo anterior a su vez se basaba en dos supuestos, los cuales debían ser las condiciones mínimas para avanzar en dicha conquista: 1) que la burguesía podía ceder razonablemente frente a un ascenso legal - institucional de las fuerzas populares y; 2) que el movimiento popular se desarrollaría estrictamente dentro de las vías legales. Sin embargo, dado el carácter de las transformaciones que se planteaban, ni unos ni otros actuarían como se esperaba, resistiendo la oposición, a nombre de su legalidad, al accionar de la UP, mientras que el movimiento popular actuará al margen y/o en contra de una legalidad que no era la suya. Abierto el conflicto, la salida era la "ruptura revolucionaria" o la "ruptura contrarrevolucionaria" y, al no haberse modificado sustancialmente el carácter del Estado, la burguesía echaba a andar los mecanismos existentes para retomar nuevamente el control total sobre él.

Los planteamientos de Gabriel Smirnow serán menos radicales que los de Bruna, señalando que pese a algunas ambigüedades, el programa de la UP diseñaba los pasos necesarios para desarrollar una política revolucionaria, y si aquello se habría frustrado era porque al interior de la UP se habría terminado imponiendo el proyecto gradualista del PC, implementando éste una línea no revolucionaria y en contradicción con puntos esenciales del programa común, línea que se mantendría hasta el final, de ahí el planteamiento de que las "tendencias revolucionarias" no tuvieran responsabilidad en los tres aspectos principales que sellarían el fracaso del gobierno: 1) el proyecto de alianzas de clases - política de entendimiento con las clases medias, pequeña y mediana burguesía propietaria y su referente político, la Democracia Cristiana, mientras que el programa descuidaba a los trabajadores vinculados a la pequeña y mediana propiedad industrial y agraria -; 2) la política hacia las FFAA -mantención hasta el final de la tesis de su profesionalismo y respeto a la constitución-, y; 3) la utilización del aparato institucional - límites objetivos que este manifestó para el desarrollo del programa e incapacidad para aprovechar las coyunturas favorables que se daban en torno a él -.

Finalmente, si bien Fernando Mires incorporará una serie de factores para explicar la derrota de la UP - intervención norteamericana, oposición radical y efectiva de la derecha -, su orientación central también apuntará a los vacíos y errores existentes en la propia política de la Unidad Popular. Así, plantea que si bien hubieron errores tácticos en la conducción del proceso, habrían otros que encontrarían su origen en la propia naturaleza de la izquierda, los llamados "errores estructurales" o "pecados originales" de la UP, identificados con su "fijación al Estado" y el programa desarrollado. En el primer caso, Mires se refiere a la raigambre parlamentarista de los partidos de la UP y las tensiones que se generarían entre esa lógica y las opciones ideológicas que se van desarrollando

(caso especial del PS), a la vez que esa "fijación al Estado" dificultaría la relación con un movimiento popular que no siempre actuaba en una dinámica dirigida y definida desde el Estado (el caso de la Asamblea Popular de Concepción de 1972). Respecto al programa, Mires se refiere a sus limitaciones, en especial a aquellas de corte económico, como la intención de basar parte de la planificación en una alianza con una fracción de "capitalistas nacionales", grupo que según Mires no existía y que de a ver existido, dada la polarización político - social que se vivía, habría apoyado a la derecha. Por su parte, respecto a los sectores sociales subalternos a los que se buscaba beneficiar, Mires plantea que los sectores obreros directa y rápidamente beneficiados fueron solo una fracción pequeña (aquellos vinculados al Área de Propiedad Social), y lo mismo ocurriría con los sectores campesinos. Más grave sería incluso la situación de los pobladores y desocupados agrarios, para los cuales no había política, de ahí que Mires plantee que el programa de la UP era "excluyente y discriminatorio".

Vaciamiento del centro, errores tácticos, estrategias truncas, análisis insuficientes, radicalización de los extremos, programas estrechos, falta de unidad y flexibilidad, etc. En síntesis, tensiones, omisiones y divisiones en el ámbito formal e institucional de la política. Sin dudas un marco de referencia relevante para conocer la dinámica de los "actores políticos nacionales" que desarrollaban la revolución o contrarrevolución "desde arriba", pero que entrega pocas luces de su relación con los movimientos sociales populares que la impulsaban "desde abajo". Una carencia profunda que explica la todavía difícil comprensión del período y la existencia de preguntas con respuestas parciales. Una carencia que no nos permite saber cómo vivieron y sintieron esos tres años aquellas fuerzas sociales que se desplegaron durante el.

2.- Las grandes omisiones en los estudios de la Unidad Popular: la intervención norteamericana y los movimientos sociales populares.

La revisión de trabajos realizada a la fecha, si bien nos permiten aventurar algunas hipótesis, es aún incompleta. Queda todavía por revisar algunos trabajos, como el de Carlos Altamirano, Orlando Millas y Joan Garcés, en el campo de la reflexión política. También será necesario someter a análisis crítico los trabajos relativos a los pobladores producidos por el CIDU y Ernesto Pastrana (Pan, techo y poder) y consultar al menos algunos de los más escasos trabajos relativos al mundo campesino.

Sin embargo, aún sin concluir nuestra revisión de trabajos relativos a la Unidad Popular, las tendencias anotadas hasta aquí son dominantes. La más relevante desde el punto de vista del conocimiento social, se refiere sin lugar a dudas al débil tratamiento que han recibido hasta ahora los sectores populares. Paradojalmente, por otra parte, una dimensión débilmente trabajada, ya que se da

por supuesta o sobre dimensionada, es la intervención norteamericana en la política chilena.

Primera omisión: La intervención norteamericana

La cuestión de la intervención norteamericana en Chile ha enfrentado dos tipos de dificultades, por una parte, el ser señalado como un componente central de la denuncia política de la izquierda chilena, que terminaba por hacer del imperialismo el principal responsable del golpe de estado de 1973, morigerando de este modo tanto los “factores internos” como la propia responsabilidad de la Izquierda en su derrota política (Ver ficha resumen de Almeyda). En segundo lugar, para efectos del debate en Chile, una segunda dificultad fue hasta fines de los noventa el no contar con evidencias y fuentes fidedignas que permitieran no sólo probar sino proponer estudios que permitieran dimensionar la magnitud de la intervención así como sus efectos en la política chilena. Esta última dificultad comenzó a superarse, a fines de los noventa, cuando se inicia la desclasificación, en los Estados Unidos, de documentos de la CIA, del Departamento de Estado y del Departamento de Defensa. Hasta 1999, se han desclasificado cerca de 5 mil documentos que suman más de 20 mil páginas.²

El trabajo de Soto y Villegas, publicado en 1999, si bien es una primera selección de documentos, es bastante elocuente, al menos en dos direcciones, por una parte recoge informes de la Estación de la CIA en Santiago, que dan cuenta de la evolución de la política chilena antes y después del golpe, y por otra parte, incluye como anexo, una síntesis del revelador “Informe Church”, que fue elaborado por una Comisión investigadora del senado norteamericano y que cubre el período 1963-1973. Este documento es por cierto, muy importante para el estudio de la intervención de los Estados Unidos en Chile, ya que cubre un largo período, anterior a la propia UP revelando los vínculos de la CIA y de funcionarios norteamericanos tanto con los políticos como con los militares chilenos. Se denomina sugerentemente “Acción Encubierta en Chile: 1963- 1973” y admite que ésta “fue amplia y continua”, primero para detener a Allende en su campaña presidencial y luego para producir el colapso de su gobierno. Se pregunta sobre los usos de los dineros que invirtió la CIA en Chile reconociendo que con estos se financiaron “actividades que cubrieron un espectro muy amplio, desde la simple manipulación propagandística de la prensa hasta el apoyo en gran escala a partidos políticos chilenos, de los sondeos de opinión pública a los intentos directos de fomentar un golpe militar”.³

Evidentemente hay que concordar con Almeyda que el golpe de estado chileno no puede explicarse unilateralmente a partir de la intervención norteamericana, sin embargo, tanto la “acción encubierta” de los aparatos de

² Ver en: Hernán Soto y Sergio Villegas, *Archivos secretos. Documentos desclasificados de la CIA*. LOM Ediciones, Santiago, 1999

³ Soto y Villegas, op.cit. 169.

inteligencia norteamericanos, como los tratados militares que vinculaban a las fuerzas armadas chilenas con los Estados Unidos (como por ejemplo, la Escuela de las Américas) así como las medidas económicas encaminadas a producir el fracaso de la política económica de Allende (como la orden expresa del presidente Nixon en el Comité de los Cuarenta, de “hacer chillar la economía chilena”) son todas razones suficientes para estudiar y reconocer la intervención de USA en Chile, como un actor desequilibrante y en algunos sentidos determinantes en el estudio de la Unidad Popular. En suma, no se puede sobredimensionar la intervención pero tampoco se la puede ignorar, no sólo porque es una dimensión fundamental de tener en cuenta en el contexto de la “Guerra Fría”, sino porque tomó una forma muy diversa, actuando tanto en los medios de comunicación, en algunos casos financiándolos directamente (caso de El Mercurio), como al sistema de partidos (con apoyo económico directo a sus campañas electorales) e incluso en el campo de los movimientos sociales (apoyo a organizaciones paralelas a la CUT así como al estudio de los pobladores, durante el gobierno de Frei Montalva) así como también en su relación directa con militares de alto grado en las Fuerzas Armadas.

En suma, la intervención norteamericana que se da por conocida en los medios académicos y políticos no ha sido objeto de estudios históricos sistemáticos y permanece en consecuencia más en el campo de los debates políticos e ideológicos que en el campo de los estudios históricos, revelándose como un significativo vacío de análisis de la Unidad Popular, a excepción por cierto de las denuncias que se hicieran públicas durante la propia Unidad Popular.

Segunda omisión: Los movimientos sociales populares

Tanto desde la sociología como desde las ciencias políticas, la historia de la Unidad Popular es la historia del sistema político, los partidos y el Estado. En la mayoría de los trabajos consultados los sectores populares no constituyen actores sociales y políticos definidos por una historicidad propia. Son pocos los historiadores que han indagado en este período sobre los movimientos sociales y cuando lo han hecho, han reproducido los enfoques dominantes –sería el caso de Corvalán Márquez -o sólo han insinuado su “densidad histórica” – es el caso de Alfredo Jocelyn-Holt- enfatizando en la dimensión movilizadora y “festiva” del pueblo. Sin embargo, como se ha indicado precedentemente, las excepciones son los trabajos de Winn y Cancino, aunque cada uno de ellos representa alcances y límites con relación al estudio de los movimientos sociales populares.

Excepción 1: Tejedores de la revolución

En el caso de *Tejedores de la revolución*, de Peter Winn, su mayor mérito y sus mayores contribuciones tienen que ver con que se trata de un trabajo monográfico elaborado y escrito a la manera que imaginaba Antonio Gramsci los

estudios de esta naturaleza, cuando desde una experiencia concreta se logra dar cuenta tanto de lo particular como de lo general. El estudio de Peter Winn se diferencia de los que participan de la matriz político institucional, en que su punto de partida y objeto de estudio es la experiencia de los trabajadores en una de las empresas emblemáticas en los años sesenta, la industria textil Yarur. Un seguimiento sistemático tanto de la empresa como de las iniciativas de los trabajadores en la víspera del triunfo de Allende, le permite a este autor reconocer el dinamismo que alcanzaron los trabajadores para lograr no sólo reorganizar su sindicato sino que poner a Yarur en la primera fila de las empresas que debían pasar al área de Propiedad Social, una de las medidas socialistas más relevantes contemplada en el Programa de gobierno de la Unidad Popular.

Un cambio en el punto de vista le permite a Winn realizar otra lectura de la Unidad Popular, sosteniendo que durante ésta se puso en movimiento una “revolución desde arriba”, la programada por los partidos y el liderazgo de político de la Unidad Popular, y los efectos que esta tuvo -cuando efectivamente triunfa la Unidad Popular en 1970- para desencadenar y potenciar una “revolución desde abajo”. En efecto, Winn sostiene que el “triunfo popular” de Allende tuvo un significado diferente para las bases que para los políticos y planificadores de la Unidad Popular. Para las bases, el triunfo de Allende era una señal para que estas tomaran la revolución en sus propias manos y conquistaran viejas aspiraciones históricas a través de la acción directa desde abajo. “La promesa de Allende de que nunca usaría la fuerzas de seguridad del estado en contra del “pueblo” los liberó del temor de la represión gubernamental, y el compromiso de la Unidad Popular con los cambios estructurales, la redistribución de la riqueza y la satisfacción de las necesidades básicas de los pobres de Chile, persuadió a muchos de que, actuando por sí mismos, estaban cumpliendo el Programa de la Unidad Popular y avanzando en el proceso revolucionario. Para ellos, el significado subyacente de la elección de Allende era que ahora eran libres para cumplir sueños largamente postergados” (Winn, p. 201).

Sin embargo, este doble proceso revolucionario, la revolución desde arriba y la desde abajo, si bien en una etapa se retroalimentaron, pronto se tensaron y divergieron. La “tragedia chilena” en cierto modo se explica por esta divergencia y por la incapacidad de ambas de hacer frente al un golpe militar cuando la “guerra social” ya estaba declarada. Desde el punto de vista del “movimiento popular” un momento culminante en su desarrollo fue en la denominada crisis de octubre de 1972, cuando los sectores populares expandieron sus capacidades para hacer frente al “paro de los patrones”. Sin embargo, conjurada la crisis, la decisión de Allende “fue descansar en el poder pacificador del Ejército, en lugar del potencial revolucionario de la movilizadada clase trabajadora, lo que se probaría fatal para la revolución chilena. En el proceso la izquierda perdió la oportunidad para unir a la clase trabajadora y (dar) un salto revolucionario que nunca volvería a ocurrir” (Winn, p. 318).

El retorno a la confrontación electoral (noviembre de 1972 – marzo de 1973) restauró en los trabajadores demócratacristianos la primacía de su identificación

política, los cordones fueron desmovilizados y la izquierda nunca recuperó su ímpetu de octubre. En este contexto “la revolución desde arriba, con su creatividad política, su capacidad legislativa y sus recursos económicos agotados se mostró incapaz de dar un efectivo liderazgo y una respuesta creativa en los meses siguientes, cuando se profundizó la crisis y renovó la confrontación” (Winn, p. 318-319). La propia CUT, que debió haber servido de puente entre el arriba y el abajo de la revolución se mostró incapaz de superar la crisis de un liderazgo nacional, ya que veía con alarma y sospecha a los cordones industriales: “Desde la ‘vanguardia de la clase trabajadora’ –indica Winn- la CUT fue transformada en la supervisora nacional de la productividad cuya función era mantener a los trabajadores bajo control. Como consecuencia, la clase trabajadora chilena estaba confundida, dividida y desmoralizada, incluso en una fábrica de vanguardia como ex Yarur” (Winn, p. 319).

En suma, el trabajo de Peter Winn, el más original del conjunto de trabajos consultados por el lugar que ocupan las “voces del pueblo”, los trabajadores de Yarur, que Winn recuperó a través de los métodos de la historia oral, así como por su tesis interpretativa, de la convivencia de dos procesos revolucionarios, representa una contribución relevante para el estudio de los movimientos sociales populares, en particular del movimiento obrero durante la Unidad Popular. Sin embargo, aún representa un trabajo aislado que requiere ser contrastado con otros estudios que acojan efectivamente la experiencia de los sujetos del pueblo.

Excepción 2: La problemática del poder popular

El trabajo de Hugo Cancino, constituye también una excepción en la tendencia dominante de matriz político institucional, pero más por la temática escogida que por su enfoque, que no escapa completamente a la tendencia dominante. En efecto, el trabajo de Cancino propone una lectura crítica de las experiencias del “poder popular”, describiendo y valorando sus aportes como un producto de “la dinámica de los movimientos sociales tendientes a crear espacios de autonomía y de autogestión que desbordaron los canales tradicionales de representación” (Cancino, p. 15) Sin embargo, por otra parte, para Cancino, la izquierda chilena, particularmente la más radical, heredera de las tradiciones teóricas y política de la III Internacional no podía elaborar estas experiencias sino en la clave de la “dualidad de poderes”, y en consecuencia en lógica revolucionaria clásica, distinta de la “vía institucional al socialismo” surgida en Chile. Para Cancino, las posibilidades del “poder popular” sólo podían desarrollarse como una forma de democracia directa que debían articularse con las formas de la democracia representativa, predominantes en Chile. Desde esta perspectiva, a juicio de este autor, sólo Allende fue capaz de visualizar esta alternativa al reconocer en el desarrollo del poder popular, una forma de ampliación de la democracia chilena.

Si bien Cancino logra en algunos capítulos describir experiencias de poder popular tanto en el ámbito urbano como rural, su análisis representa dos limitaciones: por una parte, sus fuentes son básicamente documentales –no trabaja con entrevistas a protagonistas que sobrevivieron a estas experiencias- lo que limita la amplitud y riqueza del análisis, y por otra parte, su mirada crítica a la izquierda radical tiñe todo su estudio, de tal modo que finalmente los actores principales vuelven a ser los partidos y sus posturas ideológicas o programáticas.

En suma, el trabajo de Cancino es complejo en el sentido que los actores no logran responder a su lógica de análisis a favor de una ampliación de la democracia. Sin embargo, por otra parte, es sugerente en cuanto a proponer una mirada original, pero que requeriría mayor investigación ya no sólo referida a los partidos políticos sino a los propios movimientos sociales.

3.- Preguntándonos en los por qué de las omisiones

a) El peso de la historiografía tradicional o el peligroso “desconocimiento de la cara interna de la nación”

Parece evidente, a todas luces, que la tradición historiográfica nacional, por lo menos hasta los años setenta, no había desarrollado estudios suficientes de las clases populares en Chile que la habilitaran para enfrentar en corto plazo el análisis de la experiencia de la Unidad Popular. En efecto, hasta antes del desarrollo de la actual corriente de la historia social en Chile, los trabajos relativos a la clase popular se habían ocupado especialmente del movimiento obrero y muy débilmente de otros sectores populares, como los campesinos y los pobladores. En cierto modo, incluso, estos trabajos se iniciaron recién en los años de la Unidad Popular o de manera muy próxima a ella, como es el caso de los pobladores que comenzaron a ser objeto de estudio de las Ciencias Sociales en los años sesenta en DESAL, organismo dependiente de la Iglesia Católica y un poco más tarde en el CIDU, de la Universidad Católica.

Salazar ha sostenido que los estudios sobre la clase popular han sido tardíos y que un primer movimiento historiográfico que se ocupó de lo popular en el ciclo 1948-1973, puso el acento en la explotación económica y en los esfuerzos encaminados al cambio social, en la lógica de la clase, el sindicato, el partido y la conciencia. Estas construcciones sufrieron un duro golpe con la ruptura histórica de 1973 que “quebró la espina dorsal de varias tendencias históricas” del movimiento popular chileno.⁴ Pero más todavía, las construcciones de raíz estructuralista, predominantes en los años 60 y que daban sustento teórico a la

⁴ Salazar, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios*. Ediciones SUR, Santiago, 1985. p. 7

Unidad Popular, según Salazar, “adolecían de un peligroso desconocimiento de la cara interna de la nación”⁵

En suma, se había estudiado poco a los grupos populares y los enfoques predominantes no lograban dar cuenta de la historicidad de los diversos grupos que constituían la clase popular en Chile y en consecuencia de sus diversas estrategias, identidades, aspiraciones, relaciones con el sistema político, etc. El predominio del marxismo, además, que llamaba la atención sobre la clase obrera, no alcanzaba a dar cuenta y reconocer el protagonismo de otros grupos que hicieron su entrada en la escena política, justamente en los sesenta y con mayor ímpetu durante la Unidad Popular, como es el caso de los campesinos y los pobladores.

El recuento de los déficit de historia social sería incompleto si no se indicara además, los escasos estudios sobre las “clases medias” que al igual que pobladores y campesinos alcanzaron un gran protagonismo durante la Unidad Popular, siendo la mayoría de ellos ganados por la oposición al gobierno de Salvador Allende.

b) La funcionalidad de las construcciones politicistas con la transición a la democracia

No sólo pesan los déficit de historia social para enfrentar el análisis de los movimientos sociales durante la Unidad Popular, sino que el predominio de una matriz político institucional cuenta con un doble refuerzo en nuestro medio, por un parte, la tradición estatal ha contado con una fuerte presencia en la historiografía conservadora que ha influido a las ciencias sociales⁶ y por otra, el predominio de una lógica interpretativa de nuestro pasado situada unilateralmente en el campo político-institucional, tiene una enorme funcionalidad con las formas que tomó la recuperación de la democracia en los años noventa.

En efecto, la lectura de nuestro pasado reciente como crisis en el Estado y el sistema político tiende a enfatizar en la recreación del sistema político y del Estado como garantía de gobernabilidad, considerada en los medios políticos hoy en día, como la base de la estabilidad democrática. Para estos sectores, la lectura de la Unidad Popular como crisis del Estado resulta no sólo suficiente, sino que refuerza las nociones del consenso, la negociación y la acción política debidamente des- socializada, es decir sin la amenaza de la movilización popular.

⁵ Salazar, Gabriel. *Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990)*. Búsqueda, identidad, dispersión. Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, septiembre 1990.

⁶ La tesis de Mario Góngora que sostiene la primacía del estado en la construcción de sociedad chilena es ampliamente aceptada por sociólogos y cuentistas políticos de diversas corrientes en Chile. Mario Góngora. *La noción de Estado en Chile*. Editorial Universitaria, Santiago, 1981.

En el terreno de los medios de comunicación, esta perspectiva analítica ha contribuido a reforzar la difundida noción de la historia chilena reciente como un “empate histórico y moral”, es decir, donde el énfasis está puesto en la polarización, la constitución de posiciones intransigentes y en los límites de la negociación y el acuerdo político. Por cierto, estas miradas al pasado reciente, por una parte niegan el protagonismo de los movimientos sociales durante la Unidad Popular y, por otra, morigeran la violación de los Derechos Humanos y las prácticas de terrorismo de estado que se multiplicaron en los años de la dictadura.

c) El débil involucramiento de los historiadores en la historia del Chile reciente

Finalmente, un tercer aspecto que ha influido en el débil tratamiento de los movimientos sociales en los estudios de la Unidad Popular se relaciona con la poca atención que ha prestado la nueva corriente de historiadores a los temas y sujetos de nuestra historia reciente. En efecto, si bien hemos asistido a una verdadera explosión de estudios históricos, en los últimos quince años, que han puesto el acento en una diversidad de actores populares, estos estudios tienden a concentrarse en el siglo XIX o en las primeras décadas del siglo XX.

Dicho de otro modo, no sólo carecemos de estudios de los movimientos sociales durante la Unidad Popular, sino que además la nueva corriente de historia social aún se haya muy débilmente vinculada a estas temáticas. Tal vez, la tendencia contraria es la que se percibe entre los estudiantes de grado y en algunos casos de postgrado que se interesan por el estudio de los sujetos colectivos populares en el tiempo reciente.

Un aspecto colindante con el déficit de investigación histórica sobre el tiempo reciente, es también el débil papel que los historiadores han jugado en los debates sobre la memoria histórica reciente. En efecto, si bien los historiadores opinan sobre el tiempo reciente cuando son requeridos por los medios de comunicación –de manera bastante ocasional, por cierto- pocos de ellos cuentan con investigaciones propias que les permitirían proponer lecturas nuevas sobre el pasado. La pregunta que hay que formular, de todos modos, es si la historia tiene aportes originales que hacer a los debates que irrumpen una y otra vez en la sociedad chilena sobre su pasado reciente.

Finalmente, los problemas relativos al estudio del pasado reciente no sólo remiten a “omisiones” sobre la Unidad Popular, como planteamos en ese Informe, sino que también a los modos en que la disciplina de la historia interviene en el presente, en el sentido que la omisiones sobre la UP son también omisiones del tiempo presente. En efecto, así como los grupos populares y los movimientos sociales son débilmente considerados en el análisis del tiempo histórico reciente, en el presente, la tendencia es a invisibilizarlos como sujetos colectivos en la construcción del orden social y político democrático.

4.-- Lo que queda por hacer: la historia social de la Unidad Popular

La historia social de la Unidad Popular es por cierto, una tarea pendiente, que implica diversos desafíos, por una parte, pacientes y sistemáticos procesos de indagación empírica y por otra, paralelamente, debates interpretativos que den lugar a nuevos enfoques y miradas sobre la historia chilena reciente.

Desde un punto de vista meramente descriptivo, no contamos con estudios locales –dudamos, aunque sabemos de algunos publicados en el exterior– relativos al movimiento obrero, de pobladores, campesinos, de estudiantes y de las clases medias durante la Unidad Popular. Contamos con análisis parciales, estudios fragmentarios, muchos de ellos desarrollados durante la propia Unidad Popular, pero carecemos de estudios sistemáticos, que describan estrategias, cambios en las identidades, relaciones con el sistema de partidos, modificaciones en la relación con el Estado, cambios en las prácticas organizativas e incluso, las nociones del propio socialismo al que ellos aspiraban.

En ausencia de este tipo de estudios, los debates académicos y políticos se mueven en medio de grandes generalizaciones, como aquellas que afirman que todo el sistema de representación se estructuraba a través del sistema de partidos, que las relaciones entre partidos y organizaciones sociales eran predominantemente verticales o jerarquizadas, o que los partidos tendieron a “clientelizar electoralmente” a las bases populares. Paradojalmente, muchos de los análisis propuestos y que hemos reseñado en este Informe, insinúan perspectivas distintas, como la noción de una “revolución desde abajo” (Winn) o la idea del poder popular como resultado de largas tradiciones de lucha reivindicativa y social (Cancino). Pero, incluso aceptando algunas de las generalizaciones sobre el predominio de los partidos, se pueden formular preguntas relativamente sencillas a estas proposiciones: ¿La Unidad Popular no representó cambios en ese tipo de relaciones? ¿Por qué los campesinos y pobladores tendieron a identificarse o “dejarse conducir” por representaciones políticas más radicales durante la Unidad Popular? ¿La Unidad Popular favoreció el incremento de las movilizaciones populares, sólo por razones ideológicas? Y si fuera así, ¿se podría sostener que la UP constituye básicamente el efecto de una sobreproducción ideológica?

Si nos situamos en una perspectiva histórica de larga duración, ¿la UP no representa acaso el punto de llegada de largas tradiciones de lucha de los sectores populares y de la izquierda y también del centro político chileno? Y si se aceptara esta proposición, ¿la derrota de la UP no representa acaso una ruptura que interroga todas esas tradiciones, o dicho de otro modo, no representa el fin de un modo de hacer política que se orientó más al Estado que a la propia sociedad?

Tal vez sea necesario insistir aún, el debate interpretativo sobre la UP, que por cierto requiere de mayores soportes empíricos, si atiende a la dinámica de los movimientos sociales puede dar lugar a nuevas miradas de la historia chilena, ya que al menos como hipótesis se puede sostener que la UP no hizo sino exacerbar

y radicalizar conflictos de larga data mientras que su tragedia consistió en no encontrar salidas democráticas y populares a esos conflictos.

FICHAS BIBLIOGRAFICAS ESTUDIOS RELATIVOS A LA UNIDAD POPULAR

Elaboradas por:
Mario Garcés y Sebastián Leiva

- Clodomiro Almeyda. *Pensando a Chile*. (1986)
- Jorge Arrate y Eduardo Rojas. *Memoria de la izquierda chilena. Tomo II (1970 - 2000)*. (2003).
- Susana Bruna. *Chile: la legalidad vencida*. (1976)
- Hugo Cancino. *Chile. La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970 – 1973*. (1988)
- Luis Corvalán Lepe. *El gobierno de Salvador Allende*. (2003)
- Luis Corvalán Marquéz. *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*. (2000)
- Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián. *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*. (1983)
- Frank Gaudichaud. *Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970 – 1973*. (2004)
- Alfredo Jocelyn – Holt. *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. (1998)
- Fernando Mires. *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. (1988)
- Tomás Moulián. *Conversación interrumpida con Allende*. (1998)
- Gabriel Smirnow. *La revolución desarmada, Chile 1970 – 1973*. (1977)
- Jorge Timossi. *Grandes alamedas. El combate del presidente Allende*. (1974)
- Arturo Valenzuela. *El quiebre de la democracia en Chile*. 1989.
- Peter Winn. *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*. (2004)

Título: Pensando a Chile
Autor: Clodomiro Almeyda
Edición: Terranova Ediciones
Ciudad: Santiago de Chile, 1986

Género: Ensayo

Pensando a Chile, reúne una serie de 12 artículos y conferencias de Clodomiro Almeyda, quien fuera el último Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Salvador Allende. Almeyda, fue un destacado académico, un reconocido intelectual y un histórico dirigente del Partido Socialista de Chile.

Entre los trabajos que incluye esta compilación dos de ellos representan especial interés para los estudios de la Unidad Popular: “Análisis de la experiencia de la Unidad Popular en Chile”, conferencia pronunciada en la Universidad de Guadalajara, México, en octubre de 1978; “La dimensión militar en la experiencia de la Unidad Popular”, intervención en el Seminario sobre “Seguridad Nacional”, Casa Chile, México, enero de 1978.

En su “Análisis de la experiencia de la Unidad Popular en Chile”, Almeyda llama la atención sobre la dictadura chilena “con rasgos predominantemente fascistas, sin parangón en el continente y absolutamente imprevista e insospechada, incluso para los propios chilenos”. Identifica luego, los factores externos e internos del pronunciamiento militar, enfatizando más en los últimos. Los externos son más conocidos, la intervención norteamericana mientras que “los internos” resultan más novedosos en su análisis: “la subvaloración del adversario y la sobre estimación de la fuerza propia”. A este último respecto, parte por indicar, la necesidad de identificar críticamente “la percepción de la realidad chilena por parte del movimiento popular”, ya que ella influirá en las formas que elige el quehacer transformador, o más directamente en las estrategias que se privilegian para el proceso revolucionario. Afirma que tanto la estrategia como las tácticas de las fuerzas promotoras de la transformación “estaban fundadas en una apreciación equivocada, infundadamente optimista, y hasta triunfalista de la correlación de fuerzas en el país, correlación que se estimaba ampliamente favorable y suficiente para producir en Chile cambios revolucionarios” (p. 14). Esta percepción influyó negativamente en cuanto se fundaba en una “captación subjetivista e irreal del poderío relativo de las fuerzas sociales contendientes”. Se pensaba que la vieja oligarquía se encontraba en plena retirada y aguda descomposición, entre otros como producto de la reforma agraria; se insistía en la debilidad congénita de la burguesía industrial chilena; se pensaba que las clases medias estaban destinadas a acompañar a la UP en su proyecto revolucionario; se suponía que los ideales democráticos estaba profundamente enraizados en la historia y la conciencia nacional; y, “lo más grave, se suponía que las Fuerzas Armadas, tradicionalmente ajenas en Chile al quehacer político y dedicadas a sus labores profesionales, iban a mantener a toda prueba su lealtad al régimen político...” (p.

15). Luego de pasar revista a cada una de estas percepciones equivocadas y referir al poder real de los enemigos de la revolución, Almeyda plantea que se debió haber aprovechado de establecer alianzas con el “sector avanzado de la DC”, lo que se intentó cuando ya era tarde; se debió haber trabajado más la legitimidad del gobierno popular, más allá de su origen constitucional, se debió haber considerado seriamente una reforma de la Constitución, etc. Del mismo modo, el no haber aquilatado bien el poder de las clases propietarias y su poder insurgente, no se elaboró ni aplicó una política de defensa del proceso. Finalmente, llama la atención Almeyda sobre la coexistencia de dos tendencias opuestas dentro de la UP –una que acentuaba la viabilidad del proceso y que minimizaba sus dificultades y otra que enfatizaba en la eventualidad del enfrentamiento, pero que no planteaba una forma concreta y realista para prevenirlo, controlarlo y vencerlo- contribuyó a “neutralizar la acción del gobierno, favoreciendo el inmovilismo en los momentos decisivos e impidió la formulación de una gran estrategia defensiva de la Revolución” (p. 25). Deduce de lo anterior la necesidad de la unidad de la fuerza dirigente, que necesita fortalecerse en la lucha en contra del fascismo y la dictadura chilena.

En “La dimensión militar en la experiencia de la Unidad Popular” Almeyda pasa revista a los supuestos teóricos y constataciones empíricas de la cuestión militar en la UP; la forma en que se abordó la experiencia; las carencias e insuficiencias en el tratamiento de la cuestión militar; y el efecto de estas carencias e insuficiencias sobre el desenlace de la UP.

Con relación a los supuestos y constataciones empíricas plantea: 1) que el proyecto de la UP no se inserta en una “situación revolucionaria” en los términos del leninismo; 2) que la frustración del proyecto reformista de la DC reflejó la imposibilidad de superar el estancamiento económico en los marcos del capitalismo y de la democracia burguesa; 3) que lo que puso en marcha el proceso revolucionario fue un evento electoral; 4) el proyecto UP se pudo desarrollar gracias a la legitimidad del sistema político vigente, 5) la legitimidad del sistema político fue la condición formal que permitió la captura del gobierno, mientras que lo sustantivo fue la maduración de la unidad del movimiento popular bajo la hegemonía de los partidos revolucionarios; 6) la captura del gobierno no significó el apoderamiento del Estado ni la toma del poder; 7) la experiencia revolucionaria chilena era insólita, ya que fue la legitimidad del sistema político burgués lo que permite el acceso al gobierno de la UP para proponerse desde allí la transformación estructural de la economía “de la cual ese sistema político era su expresión formal”; 8) la fortaleza del sistema político que permite la reproducción del sistema económico se mide por la capacidad de ese sistema de inducir la obediencia de la población (leyes, valores, etc.) y por su capacidad de controlar a las fuerzas armadas. Pero, el sistema puede mantenerse perdiendo legitimidad y apoyo si mantiene una vinculación orgánica con las fuerzas armadas, la que mediante el uso de la fuerza o su amenaza puede inducir la obediencia.

En este contexto, para Almeyda, era necesario prever el momento en que se agudizara el conflicto de lealtades de las fuerzas armadas, entre el sistema

político y el gobierno, entre la UP y el sistema social del cual las fuerzas armadas eran sus guardianes y su sostén. “Este conflicto de lealtades aparecía ya claramente como previsible en el momento en que se iniciaba el proceso revolucionario en Chile” (p.81) Pero, además “este inevitable conflicto de lealtades tenía irremisiblemente que traducirse en la ruptura del sistema político y en la subversión militar contrarrevolucionaria” (p.82) La cuestión entonces, para Almeyda, es que si este conflicto era inevitable, había que saber de qué modos enfrentarlo. Descarta de plano la constitución de el “ejército del pueblo” o un enfrentamiento entre el pueblo el ejército profesional. Descartada estas posibilidades, queda pendiente el asunto de que si la sublevación era inevitable la UP era inviable. No obstante, Almeyda sostiene que la situación pudo ser distinta, pero a condición de una “política militar” de la UP que no existió. Indica “Hay, desgraciadamente, que constatar *la ausencia*, dentro del conjunto de grandes objetivos que se proponía realizar la Unidad Popular, de un gran proyecto de política militar (...) proyecto concebido y destinado a optimizar las condiciones favorables existentes para sustraer a las Fuerzas Armadas de su rol represivo, neutralizando al menos su capacidad política y militar de manera de evitar que los recursos de poder, total o parcialmente, se colocaran a disposición de la contrarrevolución, en el momento más agudo de la crisis” (p. 81-85).

El “proyecto militar” la UP que no fue, debió considerar al menos los siguientes objetivos: 1) la modificación de la composición de los cuadros militares; 2) la creación de una nueva legitimidad revolucionaria; 3) la creación de nexos y vínculos entre las fuerzas armadas y las iniciativas del gobierno; 4) la dictación de leyes y reglamentos que modificaran el régimen legal y orgánico de las fuerzas armadas; 5) la creación de desarrollo paulatino de organizaciones de carácter paramilitar de las fuerzas populares; 6) la generación dentro del gobierno de la UP de un “estado mayor” que se ocupara del “gran proyecto militar” (p. 85).

Título: Memoria de la Izquierda Chilena. Tomo II (1970 - 2000)
Autor: Jorge Arrate y Eduardo Rojas
Edición: Ediciones B Chile, primera edición, octubre 2003
País: Chile

Género: Historia

El capítulo VI de este texto trata en específico al gobierno de la Unidad Popular, realizando una panorámica general sobre el desarrollo de éste. Así, el texto dará cuenta, en una lógica más narrativa que analítica, de las coyunturas centrales que se vivieron, las tensiones y contradicciones que se manifestaron en el seno de la alianza y las políticas que desplegaron sus críticos y opositores.

Para los autores, más allá de los evidentes problemas con que llega al gobierno, la UP tendrá la iniciativa hasta las elecciones municipales de abril de 1971, y aquello tanto por el ascenso de la movilización de masas como por la unidad de acción que aún presentaba la alianza de gobierno. Tras las señaladas elecciones y a propósito de los resultados de la misma, las diferentes fuerzas precisarán y adecuarán sus políticas: el Partido Nacional acentuará su presión sobre la Democracia Cristiana, en especial sobre su sector más crítico al gobierno, sector que a su vez ira diferenciándose más de aquellas tendencias proclives a negociar. Por su parte, los partidos de la UP y el MIR también definirán, "en lo medular", sus políticas, las cuales no variarán mayormente a lo largo del proceso: el Partido Socialista postula una ocupación plena y rápida del poder del Estado que permitiera un mejor posicionamiento de fuerzas ante un enfrentamiento que se creía inevitable dada la política de sabotaje norteamericana y la actitud conspirativa de la derecha y algunos sectores militares. El PC definirá una línea gradualista, orientada a acumular fuerzas y a mantener una relación positiva con la DC. El MIR por su parte, pese a reconocer el significado del triunfo de Allende, bregará por dar impulso a cambios revolucionarios.

En el año 72, las posiciones dentro de la Unidad Popular respecto al ritmo de avance del programa se acentuarán, estableciéndose una diferenciación clara entre aquellos que querían "avanzar" y aquellos que optaban por "consolidar", imponiéndose estos últimos, lo que llevaría al MIR a radicalizar sus posiciones. Por su parte, la oposición avanzaba en sus grados de coordinación, lo que se reflejará en el desarrollo del paro patronal de octubre de ese año, el cual no terminará por resolver la aguda lucha que se libraba a nivel institucional y social, planteándose un compás de espera hasta las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. El resultado de estas no harán mas que confirmar la existencia de dos grandes polos político - sociales en igualdad de fuerzas. En ese contexto, las tácticas de las fuerzas políticas terminarán por precisarse: el Partido Nacional apuesta a la aceleración de la crisis, Allende y los suyos a evitar la guerra civil, proponiéndose para aquello la reapertura de conversaciones con la DC. Esta a su

vez, o por lo menos la mayoría de ella, se orientará a la capitulación de la UP. Sectores del Partido Socialista, la Izquierda Cristiana, el MAPU y el MIR, con mayor o menor fuerza real, plantearán la constitución del poder popular para enfrentar a la oposición, poder popular que, a decir de los autores, tenderá al "espontaneísmo" ante lo que se interpretaba como vacilación de sus direcciones, en especial sus direcciones "constitucionalistas", de ahí que los autores señalen que la fase final de la UP deberá batirse entre estas dos tendencias. En el escenario anterior se llega a las postrimerías del período, señalando los autores: "La UP enfrenta su momento más crítico, sin posibilidad de acuerdo con la oposición DC y sin capacidad para una ruptura y aceleración de los cambios. En agosto de 1973, las dos líneas que coexisten en ella han "fracasado", no se logra "consolidar" el proceso ni "avanzar" hacia etapas superiores de desarrollo. Dividido el movimiento popular, el gobierno de Salvador Allende se mantiene básicamente por el apoyo de las cúpulas constitucionalistas de los uniformados..." (pp. 140 - 141). Así entonces, desplazadas esas cúpulas, el golpe era inminente, no alcanzando Allende a presentar su propuesta de plebiscito para evitar la crisis total. De ahí en adelante, solo cabía esperar el apoyo de algunos sectores militares o bien su vacilación, cosa que finalmente no se dio, sellándose drásticamente la suerte del proceso.

Finalmente, la síntesis anterior permitirá identificar algunos elementos que explicarán el destino de la Unidad Popular: el sabotaje propiciado por los Estados Unidos, la oposición radical de la derecha, la negativa de la DC a encontrar acuerdos, la imposición de los sectores golpistas dentro de las fuerzas armadas y, especialmente, la división, parálisis y fracaso de las fuerzas de izquierda ya antes del golpe.

Título: Chile: la legalidad vencida
Autor: Susana Bruna
Edición: Ediciones ERA, primera edición 1976
País: México

Género: Historia

En este texto, Susana Bruna se abocará principalmente a analizar la política del "bloque hegemónico" de la UP, es decir, los opciones adquiridas por Allende, el Partido Comunista y sectores del socialismo, haciendo referencias más bien parciales de los otros sectores de la alianza de gobierno, de la izquierda extra institucional y, mucho menos, de la oposición, radicando en esta opción analítica la tesis que atravesará el texto: el fin de la UP será consecuencia, principalmente, de sus propias opciones, acciones y omisiones.

Para Bruna, la táctica hegemónica de la UP - copamiento progresivo del Estado y utilización del poder ejecutivo para ir desarrollando los cambios desde su interior -, se basaba en una concepción particular del Estado liberal chileno, determinada por: a) una interpretación del Estado como susceptible de ser utilizado sin que fuera necesario destruirlo, aún cuando se pretendiera imponer un proyecto socialista; b) la teoría de la separación - equilibrio de poderes del Estado, según la cual el acceso a uno de los poderes permitiría un control recíproco de los otros poderes a medida que se modificaba la correlación política de fuerzas.

Según la autora, que realiza su análisis desde la teoría marxista del Estado, al sustentar esta concepción, la Unidad Popular no daba cuenta del carácter de clase del Estado y de los consiguientes frenos que pondría la clase dominante para el despliegue del programa. Lo anterior, que se manifestaría desde el inicio del gobierno, cobraría mayor fuerza a partir del momento en que se comienzan a llevar a cabo aquellas políticas que debilitaban las posiciones de las clases dominantes (constitución del Area de Propiedad Social, redistribución del ingreso), agotándose rápidamente la flexibilidad de la cual había dado cuenta el Estado. En este sentido, Bruna plantea que si bien la flexibilidad del Estado podía permitir el triunfo de las fuerzas populares, difícilmente aceptaría la modificación de su contenido, cuestión que necesariamente implicaban las reformas económicas y políticas diseñadas, las que alterarían las relaciones de producción y la superestructura política y, con eso, el carácter del Estado. A propósito de esto es que la autora plantea: "La estructura del Estado chileno - y la Constitución que la expresa - mostraba una flexibilidad que la condujo a una democratización importante pero no suficiente para permitir a las fuerzas proletarias transformar el "orden" capitalista: la razón es que el Estado capitalista garantiza al capital los límites máximos en el interior de los cuales puede actuar la fuerza popular y proletaria sin traducirse en una amenaza para el sistema. Dicho de otra manera, el Estado tiene una flexibilidad - variable de sociedad a sociedad - que permite

ciertas transformaciones de sí mismo hasta el último límite dentro del cual los pilares del capitalismo no son amenazados. Es decir que esta flexibilidad tolera cambios en el interior del sistema, pero no cambios del sistema" (p. 118).

Por otra parte, la conceptualización que se hace del Estado, más cercana a la teoría liberal burguesa que a la leninista, suponía no solo la factibilidad de su conquista y modificación gradual, sino que además la posibilidad de contar con dos condiciones que eran básicas para la sustentabilidad de la táctica: 1) que la burguesía podía ceder razonablemente frente a un ascenso legal - institucional de las fuerzas populares y; 2) que el movimiento popular se desarrollaría estrictamente dentro de las vías legales. Sin embargo, dado el carácter de las transformaciones que se planteaban, ni unos ni otros actuarían como se esperaba, resistiendo la oposición, a nombre de su legalidad, al accionar de la UP, mientras que el movimiento popular actuará al margen y/o en contra de una legalidad que no era la suya. Abierto el conflicto, la salida era la "ruptura revolucionaria" o la "ruptura contrarrevolucionaria" y, al no haberse modificado sustancialmente el carácter del Estado, la burguesía echaba a andar los mecanismos existentes para retomar nuevamente el control total sobre él.

Título: Chile. La problemática del Poder Popular en el proceso de la Vía Chilena al Socialismo 1970-1973.

Un estudio de la Emergencia de los Consejos Campesinos, Cordones Industriales y Comandos Comunales en relación a la problemática del Estado, la Democracia y el socialismo en Chile

Autor: Hugo Cancino Troncoso
Edición: Aarhus University Press, 1988.
Ciudad: Dinamarca

Género: Historia social y política

El estudio, como indica su autor, se centra en las diversas variantes del poder popular entre 1970-1973, su relación con la problemática del poder, la democracia y el socialismo. Para efectos de su análisis considera dos niveles, por una parte, el discurso político e ideológico de los partidos y movimientos de izquierda con relación al poder popular; y, por otra, las prácticas emergentes del poder popular, su relación con el gobierno, el Estado y las clases.

Las hipótesis de trabajo del estudio son las siguientes: a) Controvertir la lectura bi polarizada de las divergencias existentes al interior de la Unidad Popular, y en general acerca del poder y el socialismo (reformismo PC vs. posturas revolucionarias PS, MAPU, MIR). Esta visión no sólo sería equívoca, sino que simplificaría los complejos matices que se manifestaron en la izquierda con relación al poder, el gobierno y el sistema institucional. Dichas divergencias, no obstante, arrancarían de una matriz común vinculada al marxismo de la III Internacional; b) Reivindicar el discurso ideológico político de Salvador Allende, como la expresión más lograda de las tradiciones democráticas y nacional populares de la vertiente socialista chilena; c) Controvertir con el discurso de “la revolución” (cuyo referente clásico era la revolución rusa de octubre de 1917), que a juicio del autor no tenía “ninguna correspondencia o posibilidad de aplicación eficaz en las condiciones histórico estructurales de la formación social chilena”, dado que “el Estado nacional, junto con el establecimiento de un poder legítimo surgen en Chile a mediados del siglo XIX... El desarrollo de un sistema político conformado por instituciones parlamentarias, partidos políticos, gremios y sindicatos, en suma, diferentes canales de procesamiento y representación de las demandas sociales y de articulación de la sociedad civil con el Estado, que se diferencian profundamente el sistema político chileno, que precedió a la Unidad Popular, con el Estado despótico zarista” (p.15); d) la generación de organismos de democracia de base o de poder popular que surgen entre 1970-1973, constituirían la creación más original del proceso chileno y una tentativa de ampliación de la democracia a su más alto nivel de realización en la historia de Chile. Estas iniciativas no fueron un producto coyuntural ni producto de la acción de los partidos, sino producto “de la dinámica de los movimientos sociales

tendientes a crear espacios de autonomía y de autogestión que desbordaron los canales tradicionales de representación” y que “encuentra sus antecedentes en la tradición política y organizativa del movimiento obrero y popular en Chile” (p.15). La Unidad Popular creó las condiciones para el proceso de democratización del poder desde las bases.

Un aspecto teórico relevante en el planteamiento de las hipótesis de Cancino es la discusión con el paradigma consejista de la III Internacional, el que sólo se habría modificado a partir de las contribuciones de Antonio Gramsci con relación al estado y la teoría de la hegemonía. Gramsci habría roto con la tradición comunista internacional al ampliar su concepción del estado, teniendo en cuenta la mayor complejidad de éste en Occidente, revalorizando el papel de la sociedad civil. Desde esta perspectiva, el eurocomunismo, en los años setenta, transitó hacia una perspectiva política nueva, que reconoció el valor de las democracias representativas que bien podían complementarse con formas de “democracia directa”. A partir de estos señalamientos, Cancino plantea que sólo Allende fue capaz de vislumbrar una perspectiva semejante para Chile, en la medida que concibió el desarrollo del poder popular como una forma de ampliación de la democracia desde las bases que debía convivir con la democracia representativa. No ocurrió lo mismo con la mayoría de la izquierda chilena, en particular la “revolucionaria”, que vio en el “poder popular” la “dualidad de poderes” constituida en teoría revolucionaria por excelencia, luego de la revolución de octubre.

La postura teórica adoptada por Cancino recorre todo su estudio pesando más la crítica teórica a la izquierda chilena que el análisis de la propia experiencia social popular. Sus fuentes son especialmente los documentos y declaraciones partidarias, a partir de las cuales se critica –y a veces caricaturiza- especialmente las posiciones del MIR y el PS.

El estudio concluye afirmando que el “El proyecto de la vía institucional al socialismo constituyó la única estrategia viable que las fuerzas populares podían proponer de acuerdo al contexto histórico estructural chileno” (p. 431) Es decir, no era viable una proposición revolucionaria clásica y en medio de la crisis que desencadenó el proceso de reformas impulsado por el gobierno de Allende sólo podía sostenerse estableciéndose un consenso entre la política de la UP y la política de la Democracia Cristiana.

Si la vía política institucional era la única viable, el problema es si esta podía realizarse por organizaciones partidarias tributarias de los postulados revolucionarios clásicos (vía armada-insurreccional, dictadura del proletariado), pregunta que el autor responde negativamente.

Título: El gobierno de Salvador Allende
Autor: Luis Corvalán L.
Edición: LOM Ediciones
Ciudad: Santiago de Chile, 2003

Género: Ensayo, memorias

Corvalán, ex secretario general del Partido Comunista chileno escribe a treinta años del golpe de estado, para refutar las tergiversaciones sobre la UP así como a los tergiversadores, “todavía empeñados en denostar la figura del Presidente Allende, en menoscabar su obra y presentar, en cambio, como salvadores de la Patria y dechados de virtudes al dictador y a quienes, junto a él, gobernaron 17 años, sembrando el terror y la muerte” (p.7).

Valora, por cierto, la experiencia de la Unidad Popular, situándola en el contexto de los grandes movimientos transformadores de los años 60. Admite, sin embargo, al mismo tiempo que esta cometió diversos errores, entre ellos, el sectarismo y “la embriaguez de la victoria”, que impidió haber establecido una gran acuerdo con la Democracia Cristiana, que hubiese ampliado el campo de alianzas de las fuerzas progresistas. Otras de las debilidades de la Unidad Popular fue que el gobierno no supo “meter en cintura a sus más frenéticos enemigos”, alentando con ello a quienes conspiraron en contra del gobierno, aunque el golpe propiamente tal fue montado desde los Estados Unidos en alianza con “la reacción chilena”.

El triunfo de la Unidad Popular, para Corvalán, representó “un relevo de clases en la dirección del país”. Tal relevo y las transformaciones iniciadas por el gobierno y el movimiento popular “constituyeron una verdadera revolución, parcial e inconclusa, pero revolución a fin de cuentas” (p. 11).

La Unidad Popular fue, para Corvalán, un punto de llegada, “el resultado de una larga y sostenida batalla de la clase obrera y del pueblo de Chile por desplazar del poder a la oligarquía y tomar en sus manos la dirección del país” (p. 12). Ello fue posible gracias a la acción de “el sector más esclarecido de la izquierda a favor de la unidad de la clase obrera”, la unidad socialista – comunista, la alianza con otros partidos populares, la acción de amplios sectores democráticos y el aporte personal de Salvador Allende.

En tanto asumió Allende, la clase obrera y el pueblo pusieron sus fuerzas en tensión, desplegaron sus iniciativas y “lucharon abnegadamente a favor del éxito del gobierno y de la realización de su programa” (p. 12). Escribieron páginas heroicas en la creación de un nuevo orden social, la batalla de la producción, la lucha por la distribución cuando los productos escaseaban, etc. Se demostró en suma, que la revolución libera energías y que el pueblo es capaz de las mayores proezas cuando vislumbra un porvenir mejor. Sin embargo, a juicio de Corvalán, la revolución lleva el peligro de la contrarrevolución, y ésta última avanza cuando

se modifica negativamente para el pueblo, la correlación de fuerzas. Este habría sido el fenómeno que ocurrió en Chile luego de una fase de ascenso del movimiento popular y de éxitos del gobierno, particularmente hacia fines de 1972, cuando subieron los productos de importación, bajaron los de exportación y el gobierno Nixon manipuló el precio del cobre para hacer "reventar la economía chilena". Todos estos factores escapaban al control del gobierno y pesaron decisivamente. Por otra parte, la UP había surgido de la unidad de distintas fuerzas, que ajuicio de Corvalán debía basarse no sólo en una unidad programática sino que también en una "dirección política común y acertada".

A juicio de Corvalán, a medida que la revolución entraba en dificultades era más necesaria la unidad, ero precisamente entonces se hicieron más agudas las discrepancias. Ello habría afectado el cumplimiento del Programa y que se estableciera una pugna con los sectores medios, los que en la primera etapa del gobierno había sido ganados o neutralizados. En la nueva etapa en cambio serían ganados por la reacción, ello porque "no todos comprendieron qe la fuerza del gobierno y de la Unidad Popular radicaba en su programa en la medida que éste era el fundamento estratégico de la una dirección política correcta, amplia y no estrecha" (p. 13). Luego de seguir con la defensa de la línea del PC y de su contribución a la UP, Corvalán, si admite que este partido, en su Pleno de 1977, reconoció sus errores, entre los cuales destaca: a) que si bien el PC hizo una buena elaboración de su línea política para el período que condujo a la conquista del gobierno, esa elaboración "fue insuficiente en relación al tránsito de una etapa a otra de la revolución y ala conquista del todo el poder; y, b) que el PC careció durante casi toda su vida de "una política militar y que la derecha, en cambio, siempre la tuvo y actuó al interior de las Fuerzas Armadas" (p. 16).

Los capítulos 1 y 2 están dedicados a análisis de las realizaciones del gobierno; los capítulos 3 al 6 a la historia de la Izquierda chilena, del PC y de Salvador Allende; los capítulos 7 al 9 a algunos aspectos relevantes de la UP (el abastecimientos y la batalla de la producción, las áreas de propiedad, el gobierno de Allende y la Fuerzas Armadas); y el capítulo 9 y final a las "fallas en la conducción política".

Los capítulos 9 y 10 revisten mayor interés para los efectos del estudio de los errores de la UP y su trágico desenlace. En el capítulo 9 Corvalán reproduce argumentos bastante difundidos: la creencia de la mayoría de los chilenos sobre el carácter profesional de la FFAA, su tradición de prescindencia de la política entre 1930 y 1970, etc. Reproduce, por otra parte, las evidencias contenidas en el Informe Church sobre la intervención norteamericana así como las argumentaciones de Almeyda (Cfr. ficha bibliográfica) sobre la ausencia en la UP de un "gran proyecto militar" que hubiese contribuido a evitar el golpe.

El capítulo 10, "Lecciones de la vida: Las fallas en a conducción política" contiene las principales apreciaciones del PC sobre los problemas y errores de la UP. En términos generales, la línea de argumentación de Corvalán atribuye los errores de la UP, particularmente a los socialistas y al MIR que propiciaban

posturas que trasgredían el programa y alejaban a las clases medias. El ultra izquierdismo habría alcanzado incluso al Partido Radical, que se declaró marxista, reforzando con ello la distancia con la pequeña y mediana burguesía, a quienes debía representar. Una segunda línea de errores se verificaron en el campo de la “libertad de prensa”, al no poner coto a la acción sediciosa de la derecha; una tercera línea tiene que ver con la insuficiente preparación paramilitar de la izquierda y la ausencia de un plan para enfrentar el golpe de estado, pero hay para Corvalán “una falla principal”, que describe del siguiente modo: “En mi opinión, a tres décadas de distancia del gobierno del Presidente Allende, se puede afirmar que entre los principales factores que facilitaron su derrocamiento y tras este los 17 años de dictadura fascista, estuvo –salvo en los primeros meses de gobierno- la falta de una dirección permanentemente única y amplia de Unidad Popular y en el gobierno, capaz de concebir, programar y ampliar, con audacia y sin sectarismo, una política que permitiera agrupar a la mayoría nacional en la lucha por transformaciones democráticas. Una tal dirección tenía que haberse orientado a lograr un gran acuerdo con la Democracia Cristiana e incluso a gobernar en conjunto, de manera de haber contado siempre con una correlación de fuerzas favorable a los cambios y, por consiguiente, con el respaldo mayoritario de la ciudadanía. Todo el programa de la Unidad Popular no lo compartía la democracia Cristiana y, por esto, al menos podrían haberse buscado y concertado acuerdos parciales. Esto había que considerarlo. Así se podría haber levantado un dique a la consumación de los planes de Washington y de la reacción chilena” (P. 264).

Título: Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre
Autor: Luis Corvalán Marquéz
Edición: Ediciones ChileAmérica – CESOC. 2000.
País: Chile

Género: Historia Política

El texto de Corvalán, inserto en la historia política, da cuenta del derrumbe institucional de 1973 explicando dicha situación a partir de dos planos, uno estructural y otro coyuntural. El primero se relacionaría con el agotamiento del patrón de desarrollo sustitutivo de importaciones impuesto en el país desde los 30. El segundo, decisivo a decir del autor, se daría estrictamente a nivel de la "política", relacionándose con la emergencia desde los 50 de tres proyectos globales que se combatían entre sí y, sobre todo, con el peso que adquieren en esa lucha los partidos políticos rupturistas (PS, MIR, PN), los que habrían eclipsado a los partidos gradualistas e institucionales (PR, PC, DC), polarizando el escenario político, lo que se habría agravado ante la inexistencia de un centro pragmático que hubiese colaborado en el freno de aquella polarización.

Para Corvalán, el modelo sustitutivo de importaciones y el rol regulador que asumió el Estado desde los 30 implicó el apoyo desde los diversos sectores políticos, lo que le habría dado a la política chilena sus rasgos consensuales. Esto, a su vez, fortalecería el orden institucional, siendo reconocido por los diversos actores como el marco legítimo para dirimir los conflictos, emanando de ese respeto la propia legitimidad de cada uno de ellos y la consiguiente organización de un sistema partidario estructurado desde la izquierda hasta la derecha, teniendo como eje articulador al Partido Radical, el cual actuaba como un centro pragmático que facilitaba los consensos hacia ambos extremos. Esta forma habría permanecido casi inalterable hasta mediados de siglo, cuando el agotamiento del modelo sustitutivo habría llevado a la paulatina formación de tres "proyectos globales" que se proponían nuevos patrones de desarrollo, desencadenándose entre sus formuladores una lucha que se iría agudizando hacia fines de los 60, lo que redundaría en un sistema organizado en tres tercios con pretensiones hegemónicas y excluyentes, derivándose en la rigidez del mismo. A esta rigidez del sistema se agregaría algo más importante: la paulatina pérdida de legitimidad del mismo, lo que se manifestaría en la estructuración de fuerzas rupturistas (PS, MIR) y proto rupturistas (PN), las que convivirían, y más tarde desplazarían, a los partidos "institucionales" (DC, PC).

El anterior sería el escenario en que la Unidad Popular asumiría el gobierno, agudizándose los conflictos preexistentes, lo que llevaría a una reestructuración del sistema político, conformándose dos grandes bloques, la oposición y el gobierno, bloques que, a decir de Corvalán, distaban de ser homogéneos, conviviendo en su interior fuerzas rupturistas e institucionales,

dependiendo de la imposición de unas u otras el carácter que asumiría la resolución de la pugna por el reemplazo del patrón de desarrollo sustitutivo de importaciones, es decir, si la resolución se daría dentro de los marcos institucionales o mediante la ruptura de este.

Para Corvalán, la explicación de que se impusiera finalmente la vía extra - institucional se relacionaría con: 1) la habilidad táctica del sector rupturista de la oposición (PN), el cual lograría orientar a su base social y aquella de la Democracia Cristiana en una política de desestabilización y deslegitimación del sistema; 2) el considerable peso que alcanzarían las fuerzas rupturistas de la izquierda, las que también impulsaron una política que habría contribuido a deslegitimar el marco institucional de los conflictos, dificultando de paso un acuerdo entre la UP y el centro; 3) la inexistencia de un centro pragmático capaz de dar, a través de un acuerdo moderado con el gobierno, una contribución significativa a la despolarización del cuadro político. A los factores anteriores, centrales para explicar la "extrema radicalización" del período, Corvalán agrega las rigideces ideológicas del PC, las cuales le habrían impedido sacar las consecuencias teóricas de su práctica democrática e institucional, práctica que apuntaba a un modelo de socialismo diferenciado de aquel teorizado y defendido por el campo soviético. Esta sujeción a la "ortodoxia" le habría quitado capacidad de interpelación hacia la DC, impidiéndole generar bases sólidas de entendimiento con dicha fuerza y que hubiesen permitido aislar al rupturismo opositor y despolarizar el escenario político.

En síntesis, y en palabras del autor, "Al terminar teniendo más peso la lógica de los partidos rupturistas en el cuadro político, y al no existir un centro pragmático capaz de materializar un acuerdo estabilizador con el gobierno... se dio paso a la deslegitimación del marco institucional de los conflictos. En esta misma dirección operó, con mucha efectividad, la intervención norteamericana. Se generaron así las condiciones para un desenlace catastrófico, con victorias y derrotas totales, con la consiguiente liquidación del régimen democrático. Fue esto lo que finalmente vino a significar el golpe del 11 de septiembre" (pp. 15 - 16).

Título: La Unidad Popular y el conflicto político en Chile
Autor: Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián
Edición: Ediciones Minga, septiembre 1983
País: Chile

Género: Historia, Ciencia Política

El objetivo del trabajo, a decir de los autores, es realizar "una descripción y un análisis de los rasgos y procesos principales y de los actores políticos centrales de la lucha política en el período 1970 - 1973".

El objetivo anterior se sustenta en un marco analítico e hipótesis general que articulará la investigación: hacia comienzos de los 70 la sociedad chilena vive una crisis parcial, parcial en tanto no existiría una crisis del régimen político democrático, sino del desarrollo capitalista dependiente (incapacidad de asegurar un crecimiento constante) y del Estado de compromiso (incapaz de asegurar una dirección que resolviera la crisis de desarrollo). Ahora bien, esto implicaba un problema de fondo: el que la compatibilidad entre capitalismo atrasado y democracia parecía llegar a su fin. Frente a esto, aparecían dos alternativas viables: la reversión de los procesos de democratización y el impulso a la dinámica de acumulación capitalista sin las interferencias de los elementos democráticos participacionistas o redistributivistas (el proyecto de la derecha), y; la reversión del esquema de desarrollo capitalista, alterando los contenidos de clase del sistema de dominación, pero manteniendo vigente y desarrollando el proceso de democratización (el proyecto de la Unidad Popular). Así, al ganar en 1970 la segunda alternativa, la lucha política entre los bloques señalados estará dada por el enfrentamiento entre los intentos de realización del programa, por parte de la UP, y los de su anulación o eliminación, por parte de la derecha. Ahora bien, esta lucha política se da inicialmente en el marco de la legalidad democrática y en condiciones de división inicial de lo que constituirá el bloque opositor, por lo cual, para lograr el desarrollo de su estrategia, la derecha necesitaba reconstituir la unidad del bloque opositor, lo cual implicaba prevalecer por sobre la estrategia de neutralización o negociación intentada por el centro político - la DC -, y hacerse hegemónica en los sectores medios, rompiendo la lealtad de estos con el sistema político y plegando de esta manera al centro político, condición esencial para desplegar la estrategia de derrocamiento, siendo esta problemática en torno a la cual se plantearía la lucha política del período.

La anterior hipótesis general llevará a los autores a distinguir tres grandes etapas de la lucha política en el período: 1) la primera etapa abarcaría desde la elección de Allende hasta su confirmación como presidente, siendo caracterizada por el fracaso de la estrategia de derrocamiento, planteada originalmente como intento de impedir el ascenso del líder de la UP; 2) la segunda etapa abarcaría desde noviembre de 1970 hasta el desencadenamiento de la crisis de octubre del 72, estando definida por el relativo predominio de la estrategia de neutralización por sobre la de derrocamiento; 3) la tercera etapa iría desde la resolución de la

crisis de octubre de 1972 hasta el golpe militar, definiéndose por el despliegue de la estrategia de derrocamiento. En cada una de estas etapas se identificarían a la vez coyunturas, las que se definirían a partir de un cambio significativo en el espacio político.

Las conclusiones de la investigación apuntan a explicar el proceso de polarización política, planteándose que esta no puede radicar solo en el contenido anticapitalista del proyecto de la UP y el consiguiente intento por anularlo o eliminarlo, de ahí que la explicación se amplía a otros factores que se orientarán especialmente a explicar la polarización de la clase media y la Democracia Cristiana, señalándose: a) la semantización del proceso por parte de la UP como socialismo y revolución dirigida por la clase obrera (rechazo de los sectores medios y de los representantes políticos de esos sectores, ambos poseedores de características ideológicas pequeño - burguesas a la vez que de anticomunismo, particularmente los segundos) ; b) las modalidades de la acción política de la UP (estrategia política que debilitaba viejos principios constitutivos del orden político, como la negociación, compromiso y gradualidad); c) el desarrollo de una crisis que se expresa en violencia o desorden político; d) la fascistización ideológica que va produciendo la propia polarización y sus secuelas y que permite justificar cualquier medio para derrocar al gobierno.

A partir de lo anterior es que se da cuenta de la crisis del régimen político a partir del desarrollo de procesos de polarización, desinstitucionalización y deslegitimación, radicando el problema principal en la incapacidad del sistema político de soportar la destrucción del equilibrio que aportaba el centro. Aquello tendría su origen en la racionalidad de desinstitucionalización de la derecha quien, para anular o eliminar al gobierno, recurrirá a la rigidización del sistema de elaboración legal, a la movilización de masas o a la violencia política, con lo cual además se le quita legitimidad al sistema. Por su parte, la izquierda, que busca desplegar el conjunto de su programa sin tener mayorías institucionales, también termina ayudando en la desinstitucionalización. Las opciones anteriores debilitan las bases del sistema político, favoreciendo la polarización del centro al perder su rol y espacio de negociador y árbitro, sumándose a la estrategia que favorecía las acciones extra institucionales.

Título: Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973
Autor: Frank Gaudichaud
Edición: LOM Ediciones, 2004.
Ciudad: Santiago de Chile

Género: Historia social, testimonio

Selección de 20 entrevistas realizadas por Frank Gaudichaud a dirigentes obreros, activistas y dirigentes políticos de la Izquierda chilena, incluye una cronología de la UP, además de anexos, con fotografías de la época y mapas de los cordones industriales de Santiago.

En la presentación de este libro, Frank Gaudichaud, propone un análisis de contexto relativo al gobierno de Salvador Allende como a las luchas, conflictos y polémicas asociadas al “poder popular”.

Gaudichaud califica de reduccionista y maniquea la visión que hacer prevalecer los factores externos (intervención de Estados Unidos aliados con la derecha y las FFAA) para explicar la derrota de la Unidad Popular. Valora, en este sentido, a los autores que han llamado la atención sobre los propios límites de la izquierda chilena así como los conflictos al interior del propio movimiento social. Instalado en este terreno, Gaudichaud rechaza también la tesis que sitúa estas diferencias como el resultado de la constitución y convivencia durante la UP de un polo rupturista vs. un polo gradualista. Indica, a este respecto, que corresponde al historiador salir de “la lógica que confunde la superestructura de Chile de este período, sus debates institucionales y sus conflictos ideológicos, con la realidad de la lucha de clases, en la base”. (p. 16).

Gaudichaud recapitula brevemente los orígenes de la UP como alianza política heterogénea, pero bajo la hegemonía de los partidos socialista y comunista. Indica, además que a pesar de que la UP ha sido presentada muchas veces como una originalidad chilena, hay que situarla en el contexto de la “guerra fría” y asociada a las tesis de la vía pacífica al socialismo y a la doctrina Brejniev. La UP, con todo, como producto chileno, desde sus orígenes “se encontró impregnada de una contradicción principal: se define como “gobierno popular” y pretende representar las aspiraciones de un movimiento social radicalizado, pero al mismo tiempo llama a los trabajadores a no poner en entredicho, directamente, a las instituciones chilenas y a su Ejército, como a no sobrepasar las medidas previstas por el programa. Desde este punto de vista, el nuevo orden social, este “poder popular” en gestación, habría debido surgir de una incorporación progresiva de los representantes del pueblo en las instituciones del Estado, lo que terminaría de transformarlo “desde el interior”, en paralelo a una acción de lucha de clases en la base” (p. 24 y 25).

Este nudo central o contradicción principal recorre el conflicto al interior de la UP y pondrá en tensión no sólo a los partidos, sino a la propia base obrera y popular. Ciertamente, la propuesta de la UP de cambiar el estado “desde el interior” se desencontraba o al menos obligaba a reelaborar la teoría de la dualidad de poderes, que

articuló la experiencia bolchevique y otras experiencias revolucionarias. El hecho que Allende ocupara el gobierno, planteaba por muchos dirigentes de la UP, la idea que la lucha por el poder popular no debía dirigirse en contra del todo el Estado, sino sólo a parte de él. Era necesario separar el “estado burgués” del “gobierno popular”. De este modo, cuando emergen embriones de “poder popular” éstos debían considerarse como un apoyo potencial al gobierno y sus medidas, en fin indica Gaudichaud, “la dualidad de poder –para la UP- se presenta como atravesando al propio Estado burgués” (p. 26).

Frente a esta opción, dominante en la UP, se levantó la posición del MIR y otros grupos que si bien reconocían el carácter progresista del gobierno, rechazaban la revolución por etapas y planteaban que la dualidad de poderes “conllevaría inevitablemente a un enfrentamiento violento, que causaría o una destrucción-transformación del Estado burgués en el caso de una victoria del “poder popular”, o la llegada de una dictadura en el caso de una derrota” (p. 26).

Gaudichaud reconoce tres etapas en la historia del poder popular: desde la elección de Allende a la huelga patronal de octubre de 1972, caracterizado por un concepto de participación bajo control estatal, que se va modificando a propósito de las demandas por ampliar el área de propiedad social, la Asamblea Popular de Concepción, la formación del cordón Cerrillos; una segunda etapa es la que va desde el paro de octubre hasta junio de 1973 con el “tanquetazo”, se caracteriza por un desbordamiento de los partidos de la UP y la aparición de los Cordones Industriales y los Comandos Comunales; y, una tercera etapa, del “debate en torno al poder popular” entre junio y septiembre de 1973, en que diversos sectores de la izquierda y la sociedad toman partido en torno a esta nueva experiencia de organización popular.

Gaudichaud, como otros autores, sostiene que la CUT mostró serias insuficiencias para apoyar y potenciar las experiencias de poder popular, habida cuenta de sus tradiciones burocráticas y su escasa independencia del gobierno. El paro de octubre representó un momento culminante de crisis en la relación del gobierno con la Oposición y entre el gobierno y el movimiento popular: “la crisis social de octubre reveló la debilidad del gobierno y de la UP ante... los retos impuestos por las clases dominantes y también la fragilidad de la acción de organizaciones tan importantes como la CUT esta coyuntura. (...) Es innegable que la iniciativa de los cordones no fue espontánea sino el fruto de una acumulación de experiencias de lucha y de hechos cotidianos: lo que el historiador inglés E.P. Thompson llama “experiencia de clase”. Eso significó la crisis de los organismos de mediación y dirección históricos del movimiento obrero, es decir, la CUT y los partidos trabajadores. En otros términos, si bien las luchas trabajadoras se organizan siempre en nombre de la defensa del gobierno, lo hacen sobre bases propias que superan las formas tradicionales de estructuración del movimiento obrero: unificación de los asalariados más allá de sus distintas ramas productivas, unificación de los sectores afiliados a la CUT con los de la pequeña industria que se excluye, unificación de las pretensiones económicas en un proyecto político mucho más radical que aquel defendido por el gobierno” (p. 35).

Título: El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar
Autor: Alfredo Jocelyn - Holt
Edición: Editorial Planeta Chilena, primera edición noviembre 1998
País: Chile

Género: Ensayo

En este texto, Jocelyn - Holt realiza un análisis de la historia de Chile de la segunda mitad del siglo XX, dedicando directamente dos de sus capítulos - "De la euforia al desmadre" (capítulo III) y "El Malón" (capítulo IV) - a la Unidad Popular y a su inmediato antecesor, el gobierno de la Democracia Cristiana, dando cuenta del paulatino "desmadre" que se va apoderando de la sociedad chilena y, obviamente, de su sistema político, lo que explicaría, en parte, el destino que correría el gobierno de Allende y, con él, el conjunto de la institucionalidad.

Para Jocelyn - Holt, los años 60 marcarían el fin del "antiguo régimen" en Chile, aun cuando en los 50 comenzarían a vislumbrarse ya los cambios: transformaciones en la elite - entronque con nuevos grupos, cambios en la estructura del poder -; desplome de la estructura política dominante desde los 30; crecimiento poblacional y urbanización que anunciaban la constitución de una sociedad de masas; estancamiento del modelo industrializador sustitutivo de importaciones. Lo anterior, que habría producido espiral inflacionaria, huelgas, reventones y demandas, habría redundado en una fuerte presión sobre el sistema político, tensionándolo pero no al extremo de quebrarlo. Ahora bien, pese a esta sobrecarga y tensión que se hereda de los 50, el sistema político no estaría en cuestión, de ahí la certeza al interior de éste de que los conflictos y problemas podían ser resueltos por vías políticas. ¿Por qué se quebró ese frágil equilibrio? Por múltiples factores, entre ellos la revolución cubana, que instaló a la revolución como la forma de llevar a cabo los cambios; por el desprestigio de las fuerzas que habían sido relevantes hasta los 50; por el "mesianismo" de la DC, que en una situación de frágil equilibrio convirtió la reforma en revolución, y aquello porque, al dejar de actuar como un centro pragmático, eliminó la necesaria fuerza de balance del sistema. Finalmente, y respecto a la misma Democracia Cristiana, el autor plantea que ya desde fines de su período existirá un escenario de agitación, el cual se agudizaría con la UP, de ahí que plantee: "... es la DC la que durante su gobierno marcará la tónica que luego la Unidad Popular profundizará. En otras palabras, no es posible concebir la UP sin el gobierno que la antecede, y por ende, no es posible entenderla si no dentro de un contexto mayor en el que la radicalización ya provenía de un "centrismo" centrífugo, que tensionaba mas de la cuenta el clima político y social del país. Un país que, además, venía de tumbo en tumbo" (p. 109). A partir de la cita anterior es que se comprende el que Jocelyn - Holt, según sus propias palabras, "le cargue las tintas" a la DC a la hora de entender el colapso del sistema político.

Según el autor, la UP no será tan distinta a la DC, en el sentido de que la alianza de izquierda también creía que era factible radicalizar el proceso social sin afectar el orden político. Ahora bien, ¿qué añade la UP al proceso? La "dimensión festiva", a la vez que genera una crisis de Estado y por tanto de gobernabilidad. Esta "fiesta", una imagen constante de Jocelyn - Holt al hablar de este período, representaría el desorden, la "relajación de los espíritus", y si bien ella se iniciaría ya en los 50 y se agudizaría en los 60, durante la UP alcanzaría tal magnitud que impediría siquiera el entendimiento entre los "comensales" (cada vez más numerosos), cada cual portador de un proyecto propio, autolegitimado y excluyente.

Respecto a la UP, aparte de señalar las visiones dicotómicas que se han dado sobre ella, Jocelyn - Holt reconoce su "densidad histórica", señalando que sus raíces podrían remontarse incluso a algunas de las proclamas de la independencia y obviamente a todo el desarrollo de la intelectualidad progresista y el mundo popular, es decir, la enmarca en un largo proceso de desarrollo, de ahí que vea al gesto final de Allende no solo como una defensa de su gobierno o su proyecto, sino que en referencia a la tradición de desarrollo político - social del cual era portador.

Finalmente, porqué fracasa la UP a decir de Jocelyn - Holt. Dos niveles visualiza el autor: el plano objetivo, donde la UP habría sido un desastre, y un plano más profundo que apuntaría a porqué la UP estaba aparentemente condenada a fracasar. Respecto a lo primero, Jocelyn - Holt señala que la UP "no pudo ni supo gobernar", lo que se explicaría por su indisciplina interna, su condición de minoría política, la radical y desleal actuación de la oposición (incluida la DC, particularmente el ala "freista"), el sabotaje de los Estados Unidos, el rechazo de la clase media, entre otras, produciéndose, como mínimo, caos económico y desorden social. Ahora bien, es en el "plano más profundo" donde Jocelyn - Holt coloca el acento, y aquel se relacionaría con la dimensión que había alcanzado la "fiesta", fiesta que implicaba la pérdida del equilibrio, del pragmatismo, del gradualismo y la moderación, características que habían definido al desarrollo del sistema político nacional, por lo cual, al ignorar ese pasado e intentar transformarlo todo, ese sistema colapsaría. De ahí el sentido de una de las tantas frases alusivas a la "fiesta": "No había sistema político, por muy ilustrado y tolerante que fuera..., que soportara tales niveles de euforia".

Título: La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina
Autor: Fernando Mires
Edición: Siglo Veintiuno Editores, primera edición 1988
País: México

Género: Historia

El texto de Fernando Mires corresponde a un estudio de siete revoluciones desarrolladas en el continente americano, abarcándose desde la revolución de Tupac Amaru en el Perú colonial, hasta la revolución sandinista en la Nicaragua somocista. Además de aquellas dos revoluciones, que definen el marco temporal del estudio, se suman las referencias al proceso de independencia americano, las revoluciones mexicana, boliviana y cubana y, finalmente, la "revolución que no fue", el Chile de la Unidad Popular. Esta última, en particular, es la que nos interesa.

"Chile: la revolución que no fue" (capítulo VI, páginas 332 a 375): Al igual que en el caso de las otras revoluciones que analiza, Mires se remonta al período inmediatamente anterior al desencadenamiento de la respectiva revolución o, en el caso chileno, "cuasi" revolución. Así, realiza una panorámica del gobierno demócrata cristiano de Eduardo Frei Montalva, definiendo algunas de sus características, políticas desarrolladas y las implicancias que estas tendrían para el futuro gobierno de la Unidad Popular.

Según Mires, la Democracia Cristiana se propone realizar "reformas estructurales" como la integración de los sectores "marginales" a través de programas de industrialización, la nacionalización pactada del cobre y la reforma agraria, destinada esta última a erradicar a los propietarios más tradicionales, todo lo cual implicaría un proyecto de tipo modernizador e industrialista dependiente. Además, este proyecto modernizador abría paso a la penetración económica externa, continuándose el proceso de desnacionalización económica iniciado en los 50. Socialmente, el gobierno DC sería la representación política del empresariado modernizante, a la vez que se convertía en un "partido de masas", interpretando los intereses de "vastos sectores" de la población.

Uno de esos "vastos sectores" serían los campesinos, los cuales se verían beneficiados con la modernización del agro - reforma agraria y sindicalización masiva -, y pese a lo parcial de los beneficios, las reformas de la DC tendrían como consecuencia el llevar la activación social a las zonas rurales, rompiéndose el pacto social explícito que se había instalado desde los 30, señalando Mires: "La chilena era una democracia, pero excluyente; funcionaba desde la clase obrera organizada 'hacia arriba'. 'Hacia abajo', en cambio, funcionaba solo formalmente"

(p. 337), y con aquello se refiere no solo a la marginación de facto que se había realizado con la población del agro, sino que también con los "marginales" de la ciudad, dos sectores que serían movilizados por el proyecto reformista de la Democracia Cristiana y sobre los cuales esta perdió rápidamente el control, creando un clima de agitación social que los partidos de izquierda no habían podido crear.

Respecto al gobierno de la Unidad Popular, Mires da cuenta de las tácticas de la DC y el Partido Nacional para enfrentarlo. De la primera, plantea que su opción residía en atar legalmente las manos del gobierno y levantar al parlamento como alternativa al ejecutivo, mientras que el segundo apostaba directamente a la contrarrevolución, especialmente desde fuera del parlamento, pues ahí quedaban subordinados a la DC. Según Mires, al cabo de un año la táctica del PN se fue imponiendo, desencadenándose movilizaciones de estudiantes y mujeres, pasando el parlamento a ser "una suerte de oficina notarial de la contrarrevolución".

Mires además da cuenta de la intervención extranjera contra la UP, pero plantea que no pretende presentar a la Unidad Popular "como una simple víctima del capital extranjero", de ahí que afirma que el hecho de que triunfara la contrarrevolución se relacionaría también con vacíos y errores en la política de la propia alianza de gobierno. Así, plantea que si bien hubieron errores tácticos en la conducción del proceso, habrían otros que encontrarían su origen en la propia naturaleza de la izquierda, los llamados "errores estructurales" o "pecados originales" de la UP, identificados con su "fijación al Estado" y el programa desarrollado. En el primer caso, Mires se refiere a la raigambre parlamentarista de los partidos de la UP y las tensiones que se generarían entre esa lógica y las opciones ideológicas que se van desarrollando (caso especial del PS), a la vez que esa "fijación al Estado" dificultaría la relación con un movimiento popular que no siempre actuaba en una dinámica dirigida y definida desde el Estado (el caso de la Asamblea Popular de Concepción de 1972). Respecto al programa, Mires se refiere a sus limitaciones, en especial a aquellas de corte económico, como la intención de basar parte de la planificación en una alianza con una fracción de "capitalistas nacionales", grupo que según Mires no existía y que de a ver existido, dada la polarización político - social que se vivía, habría apoyado a la derecha. Por su parte, respecto a los sectores sociales subalternos a los que se buscaba beneficiar, Mires plantea que los sectores obreros directa y rápidamente beneficiados fueron solo una fracción pequeña (aquellos vinculados al Área de propiedad Social), y lo mismo ocurriría con los sectores campesinos. Más grave sería incluso la situación de los pobladores y desocupados agrarios, para los cuales no había política, de ahí que Mires planteó que el programa de la UP era "excluyente y discriminatorio".

Lo anterior implicaría que esos sectores menos beneficiados se movilaran en una dinámica no definida por el gobierno, y mientras este bloqueaba las iniciativas de sus partidarios, el Partido Nacional y Patria y Libertad no tenían

problemas para actuar fuera de la legalidad - a través del "poder gremial" -, a la vez que ocupaban el parlamento, junto con la DC, para bloquearlo a él.

En el contexto anterior se daría el paro patronal de octubre del 72, el cual claramente buscaba hacer capitular al gobierno, fracasando en su intento por la activación del movimiento popular que apoyaba a la UP, el cual se nucleó en una serie de organizaciones que, aunque "relativamente autónomas", no eran "inmediatamente" alternativas al Estado. Una segunda razón para explicar el fracaso del paro patronal serían las vacilaciones de la DC, que en conjunto aún no había optado por una salida golpista. Finalmente, el fracaso se explicaría porque la articulación del poder político, gremial y militar aún no era óptima, tanto entre ellos como en sus propios ámbitos interiores.

Tras el paro patronal, cada sector continuó con sus tácticas: el PN con su lógica golpista, buscando captar al necesario elemento militar; la DC apostando a las elecciones de marzo y asegurar así sus posiciones en el parlamento y desde ahí hacer capitular a la UP; la UP buscando la estabilidad para hacer frente a las elecciones, proceso en el cual fue perdiendo su propia legitimidad.

Los resultados de marzo del 73 no harían si no acelerar los preparativos de la contrarrevolución, ya que se acababan las formas legales para deponer a Allende. Así, la derecha sacaba a la calle a sus apoyos y ensayaba el golpe (tanquetazo de junio), mientras el movimiento popular luchaba contra los empresarios y demás enemigos desde sus organizaciones, ya sea las tradicionales o las nuevas, pero siempre buscando el apoyo del gobierno.

Tras el fracasado golpe de junio, la oposición desplegó todo su arsenal combativo, desde las calles, el parlamento, los tribunales de justicia y, ahora sí, desde los cuarteles. Por su parte, las fuerzas de izquierda y en particular el gobierno estaban en su máxima desorientación, lo que se reflejaba en las contradictorias propuestas que se hacían hacia el final, unos llamando "a evitar la guerra civil" (Allende y el PC), otros a tomarse "todo el poder ahora" (PS) y otros intentando dividir a la UP por su ala izquierda (MIR). En este difícil escenario, la última opción de la Unidad Popular fueron las conversaciones con la Democracia Cristiana, las que no fructificaron, y de ahí en adelante la sincronización de la contrarrevolución se acentuó y operó.

Finalmente, esta síntesis de "la revolución que no fue", donde Fernando Mires plantea una explicación de la derrota de la Unidad Popular, cobra mayor claridad al hacerse referencia a las propias palabras con que cierra el autor: "El golpe de Estado resultó de una combinación de factores que bien pudieron ser evitados, tanto por parte de la izquierda como por parte de la DC, cuya responsabilidad en lo ocurrido es inocultable. En ese sentido, cualquier intento por encontrar una sola causa resulta, de por sí, fallido. No fue sólo la 'conspiración de la CIA y la ITT', ni el 'ultraizquierdismo' del MIR que asustó a los 'sectores medios', ni el delirio verbal de los dirigentes del PS, ni el 'reformismo' ni las 'vacilaciones' del PC, ni las divisiones en la izquierda, ni el 'boicot' económico de los

empresarios, ni el desenmascaramiento de la derecha que había posado durante más de un siglo como democrática, ni la capitulación de la DC frente a la derecha a través de su 'ala freísta', ni siquiera la existencia de una monstruosa criatura como Pinochet, *la causa que explica el trágico desenlace de los acontecimientos. Más bien fueron todas ellas, y otras más, las que se combinaron y activaron entre sí, hasta que llegó el momento en que era muy tarde para un nuevo comienzo*" (p. 375).

Título: Conversación interrumpida con Allende
Autor: Tomás Moulián
Edición: LOM Ediciones/Universidad ARCIS. 1998
Ciudad: Santiago de Chile

Género: Ensayo

Bajo la inicial imagen de conversar con Allende, Tomás Moulián da cuenta de los conflictos y tensiones que se vivirán durante la Unidad Popular, explicando a partir de ellos las dificultades con que se encontrará la alianza de gobierno y que llevarán finalmente a su derrocamiento.

Al contrario de lo ocurrirá con otros estudios que analizan la misma temática, Moulián no colocará el énfasis en el sabotaje norteamericano o en la coherente y eficaz política llevada a cabo por la oposición para explicar la derrota de la Unidad Popular, sino que dará cuenta de aquella situación a propósito de las tensiones y opciones que fue desarrollando la propia izquierda frente al proceso.

Una de aquellas opciones era la propia "vía chilena" definida por la UP, vía que, a decir de Moulián, requería de condiciones mínimas - acumulación constante de fuerzas, realización progresiva de reformas, mayorías parlamentarias favorables a los cambios -, lo cual necesariamente implicaba la negociación con la Democracia Cristiana, cuestión que se hizo imposible ante las modificaciones del programa que exigía la DC y la respectiva negativa de la UP a llevarlas a cabo.

A su vez, las tensiones decían relación con la escisión del "alma" de la UP desde sus inicios. Así, Moulián plantea que desde el comienzo se estructuraron en su seno dos estrategias, la de aquellos que optaban por los caminos tradicionales - Allende, el PC, el PR y sectores del PS -, y los que intuían la necesidad de nuevas opciones - sectores del PS y MAPU y, desde fuera, el MIR -. Esta división primigenia, que terminó en un "empate catastrófico", inmovilizó a ambos sectores, cuestión que se habría echo mas grave al ser incapaces los "moderados" de conseguir negociaciones viables con la Democracia Cristiana, mientras que los "revolucionarios" eran incapaces de proponer soluciones radicales verosímiles, derivándose así en una cuestión central, en especial hacia fines del período: la ausencia de dirección política.

En síntesis, en palabras del autor, "La gran esperanza renovadora de la "vía chilena" chocó contra la ausencia de sus prerequisites mínimos, consecuencia, en parte, de la forma de estructuración del sistema político chileno, organizado para graduar los cambios. También sucumbió ante la imposibilidad de realizar ni la política de los "moderados revolucionarios" que buscaban construir (aunque a

destiempo) un "bloque por los cambios" o, en su defecto, una alianza de contención "golpista", ni la política de los "radicales revolucionarios" que pretendían "avanzar sin transar" hacia la resolución del poder. Ese empate catastrófico en el desarrollo de un proceso revolucionario, generó las condiciones para la realización del Golpe".

Título: La revolución desarmada, Chile 1970 - 1973
Autor: Gabriel Smirnow
Edición: Ediciones ERA, primera edición, 1977
País: México

Género: Historia

El texto de Smirnow explicará la derrota de la Unidad Popular a partir de las debilidades, errores y omisiones de los proyectos y tácticas de la izquierda, tanto de aquella que defendía y promovía la "vía chilena" como de aquella que la cuestionaba. Ahora bien, pese a esa mirada de conjunto, la explicación girará centralmente en torno a los errores de aquellos que hegemonizaron la conducción del proceso, particularmente el Partido Comunista.

Para Smirnow, el programa de la UP, pese a la ambigüedad de algunos de sus puntos (el problema del poder), diseñaba los pasos necesarios para desarrollar una política revolucionaria. Sin embargo, dentro de la Unidad Popular se impondría el proyecto gradualista del PC, implementando una línea no revolucionaria y en contradicción con puntos esenciales del programa común, línea que se mantendría hasta el final, de ahí el planteamiento de que las "tendencias revolucionarias" no tuvieran responsabilidad en los tres aspectos principales que sellarían el fracaso del gobierno: 1) el proyecto de alianzas de clases, donde se había desarrollado una política de entendimiento con las clases medias, pequeña y mediana burguesía propietaria y su referente político, la Democracia Cristiana, mientras que el programa descuidaba a los trabajadores vinculados a la pequeña y mediana propiedad industrial y agraria; 2) la política hacia las FFAA, manteniendo hasta el final el sector predominante de la UP la tesis de su profesionalismo y respeto a la constitución. Lo anterior habría implicado el llamado a evitar la guerra civil, desmovilizando con ello a los trabajadores y dejando la suerte del proceso en manos de los institutos armados, hacia los cuales además no se había podido orientar una política revolucionaria por la oposición del gobierno; 3) la utilización del aparato institucional, el cual si bien había permitido la llegada de los partidos obreros al interior del sistema estatal y el acceso del movimiento popular a importantes herramientas, rápidamente había dado cuenta de los límites que colocaba al desarrollo de una política revolucionaria y el margen de movimiento que daba a la oposición.

A propósito de lo anterior, Smirnow concluye que la política aplicada "... puede ser caracterizada como de una extrema prudencia estratégica que llegó hasta transar por un plazo indeterminado los objetivos históricos de la clase obrera... Esa prudencia se complementaba dialécticamente con un extremo aventurerismo táctico al plantearse metas y políticas para las cuales no contaba ni con las fuerzas necesarias ni con las alianzas indispensables para poner en práctica sus objetivos. Esta línea, aplicada ciegamente hasta los últimos días por

el gobierno y la fracción directriz de la Unidad Popular, condujo como por una pendiente inclinada al desarme ideológico y organizativo de los trabajadores empeñados en el proceso revolucionario chileno" (p. 239).

A los errores anteriores cometidos por la "fracción directriz" de la Unidad Popular y que explicarían centralmente la derrota de la UP, Smirnow señala tres razones que habrían impedido el éxito del proceso y que serían principalmente responsabilidad de la izquierda revolucionaria: 1) la debilidad de la vanguardia política revolucionaria, manifestada en su dispersión orgánica, carencia de un plan y un programa alternativo a la reacción y el reformismo, manteniéndose así en el terreno del cuestionamiento de la política seguida por la alianza que ejercía el gobierno; 2) el escaso desarrollo de un poder alternativo a la institucionalidad burguesa, generándose un poder popular que no alcanzó a consolidarse tanto por la resistencia que le opuso un sector de la Unidad Popular como por la propia debilidad de quienes lo impulsaban; 3) la unidad del aparato represivo dependiente del estado capitalista, cuestión resultante de la incapacidad de desarrollar una política orientada hacia las FFAA y aquello básicamente por los frenos que colocaba el sector hegemónico de la UP.

Finalmente, si bien Smirnow busca en su texto explicar la derrota de la Unidad Popular a partir de los errores y debilidades de la izquierda, uno de sus planteamientos sintetiza su posición. Así, señala que frente al desarrollo de los hechos del 11 de septiembre y el inicio de la represión "[el pueblo] se encontró desarmado material, política e ideológicamente, como resultado de la línea aplicada por los sectores mayoritarios en la dirección de la Unidad Popular" (p. 230).

Título: Grandes Alamedas. El combate del presidente allende
Autor: Jorge Timossi
Edición: Editorial de Ciencias Sociales, 1974.
Ciudad: La Habana

Género: Reportaje periodístico

La investigación de Jorge Timossi probablemente sea una de las primeras en su género, elaborada y difundida ya en 1974. Recoge testimonios de protagonistas y testigos directos del combate de La Moneda. A partir de estos testimonios y de su propia experiencia en Chile, reconstruye los días inmediatamente anteriores al golpe, los sucesos de la mañana del 11 de septiembre en La Moneda y los ataques a la Embajada de Cuba en Santiago de Chile. Por otra parte, el libro reproduce íntegramente las intervenciones de Fidel Castro así como de Beatriz Allende en un acto multitudinario, desarrollado en la Plaza de la Revolución “José Martí”, en La Habana, el 28 de septiembre de 1973.

El mayor valor histórico de la investigación de Timossi es que pudo acceder a testigos claves en un tiempo muy cercano a los acontecimientos que narra. Sus límites también se relacionan con la cercanía de los hechos, entre los cuales, una de los puntos más discutibles se refieren a la muerte de Salvador Allende, que es presentado como muerto en combate. Se alcanza, no obstante, a percibir algunas dudas sobre este suceso, el menos en el discurso de Fidel Castro quien hace referencia a la figura del revolucionario cubano Calixto García quien se quitó la vida antes de entregarse a sus enemigos.

La investigación de Timossi incluye mapas, listado de nombres, descripción de acontecimientos y horas en que estos se desarrollaron desde la madrugada del 11 de septiembre hasta la muerte de Allende, pasado el mediodía.

El reportaje de Timossi ha sido enriquecido en trabajos posteriores, que han ratificado o modificado la narrativa de la mañana del golpe en La Moneda.

Título: El quiebre de la democracia en Chile
Autor: Arturo Valenzuela
Edición: FLACSO, segunda edición chilena, 1989.
Ciudad: Santiago de Chile

Género: Ciencia política

En la introducción del texto, Valenzuela plantea el objetivo del estudio y la tesis del mismo. Respecto al objetivo, este sería explicar el cómo y el porqué del quiebre de la democracia en Chile, para lo cual se realizan dos ejercicios: 1) el análisis de las características principales de la política chilena a mediados del siglo XX, ya que ahí estarían las claves para entender el funcionamiento y crisis del régimen democrático chileno; 2) la descripción de los acontecimientos políticos acaecidos durante el gobierno de la Unidad Popular, colocándose énfasis en las actuaciones de los actores claves (partidos políticos y Fuerzas Armadas) y en la influencia tanto del proceso político como de la situación económica sobre el resultado final. Respecto a la tesis, Valenzuela señala que la explicación central del quiebre de la democracia estaría dada, por una parte, en la desaparición de un centro político pragmático y en las consiguientes políticas de acomodo que la presencia de este permitía y, por otra, en el paulatino abandono de las reglas del juego democrático. Lo anterior porque el sistema político chileno se caracterizaba por su fuerte polarización, característica que había sido atenuada justamente por la existencia de una amplia red de instituciones y por el respeto al veredicto del sistema electoral, lo cual permitía la representación de los diversos sectores y la negociación entre estos, cuestión facilitada por la existencia de un centro pragmático constantemente dispuesto a acercarse a los extremos. Así, debilitadas o desaparecidas estas características del sistema político, la crisis del mismo se desencadenaría.

El texto de Valenzuela se encuentra dividido en cuatro capítulos. En el primero de ellos, el autor da cuenta de las características de la política chilena hacia la mitad de siglo, cuestión central pues su postura es que la transformación de éstas explicaría la crisis del sistema. Entre las características del sistema político destacaría la presencia del sistema de partidos en todos los ámbitos de la sociedad - sindicatos, administración pública, cargos de representación nacional -, el ser fuertemente competitivo y polarizado, el tener un marcado carácter clientelístico y el poseer una base de sustentación bastante heterogéneo, en especial los partidos de centro y de derecha. A lo anterior se agregaría la fuerte institucionalización del sistema, reflejado en la existencia de fuertes organizaciones de la sociedad civil - colegios profesionales, organizaciones de trabajadores - y especialmente en la existencia de poderosas instituciones gubernamentales, particularmente el poder legislativo, espacio clásico de transacciones y acomodados. A partir de lo anterior es que Valenzuela señala que la perpetuación de la política de acomodación y compromiso, característica central

del sistema político chileno, fue posible por la existencia de un legislativo viable y de larga tradición, a la permanente polarización y competitividad y a la necesidad de acomodar en el sistema una serie de demandas. Estas características permitían solo un cambio incremental, dependiendo el carácter de este de la posición que adquiriera el centro político. A su vez, el carácter competitivo y polarizado del sistema en una lógica de cambios incrementales, llevaba a la negociación y necesariamente a la conciliación de diferencias y al debilitamiento de confrontaciones serias.

En el segundo capítulo, concentrado especialmente en el gobierno de Frei Montalva, se analiza la posibilidad de que el debilitamiento y posterior quiebre del sistema político se debiera a factores socioeconómicos, es decir, a una importante movilización de masas originada a partir de alguna coyuntura económica particularmente relevante. Según el autor, si bien este auge en la movilización de masas se dio (aumento de la participación electoral, del desarrollo de sindicalización y de huelgas) esta no se explicaría por una especial situación económica, sino más bien por factores políticos, específicamente la tolerancia y fomento de la participación y movilización que desarrolló la propia Democracia Cristiana. Esta movilización, según el autor, en si no constituía amenaza, ya que podía ser fácilmente asimilable por el sistema político siempre y cuando este no hubiese experimentado una transformación básica, clave, y aquella sería el cambio de las reglas tradicionales del juego y la política acomodaticia que tenían lugar en torno al congreso y que habían permitido que los actores e instituciones políticas importantes pudieran transar y estructurar un consenso operativo, y aquel cambio en las reglas del juego, que contribuyó a un cambio cualitativo en la naturaleza del sistema político, fue el debut de un movimiento centrista relativamente cohesionado, con una perspectiva más ideológica que pragmática y lejano por lo tanto a la política de clientelismo y transacción, limitando la participación de las fuerzas políticas en aquellos espacios tradicionales - el congreso - y por lo tanto debilitándolo. Por lo anterior - la intención de copar el espacio político - es que la movilización de fines de los 60 debería ser comprendida a partir de esta estrategia de partido único, incentivándose una competencia radical para impedir que el centro obtuviera el apoyo mayoritario. A la vez, al no lograr la DC conformar un centro político poderoso y reestructurar por lo tanto el sistema polarizado, debilitó el frágil entendimiento de la política chilena y agravó la polarización y el impasse de las fuerzas políticas, llegándose a una elección a tres bandas donde la derecha o la izquierda podían ganar sin el centro. Al anterior rol jugado por la DC en la alteración del sistema político, Valenzuela agrega, en un segundo plano, la intensificación de la ideologización de las organizaciones de izquierda, lo que llevaría a que disminuyera su visión de legitimidad del sistema, y lo mismo ocurriría con sectores de la derecha. Así, en este ambiente de creciente competencia y crisis política se daría el triunfo de la Unidad Popular.

Finalmente, en los capítulos III y IV, que abarcan el gobierno de la Unidad Popular, Valenzuela va dando cuenta del desarrollo político del proceso, colocando especial énfasis en la forma en que va actuando el centro político y los

sectores moderados de la UP, y como ambos van siendo presionados desde los extremos y como en la práctica aquello va impidiendo un posible y necesario acercamiento. Así, da cuenta como en el período que va desde la asunción de Allende hasta el paro patronal de octubre del 72 (capítulo III) existen posibilidades y cierta disposición a buscar acuerdos, situación que se frustra por la incapacidad de la UP y la DC de concretar algún acercamiento importante, ya sea por las desconfianzas mutuas, por el nivel de exigencias que se plantean o bien porque no quieren perder posiciones frente a sus aliados, quienes presionan desde los extremos. A su vez, va señalando como a partir del paro patronal de octubre del 72 y hasta el desenlace final (capítulo IV), ambos sectores van perdiendo la posibilidad de acercamiento, ya que a esa altura el centro político ha virado a la derecha y los sectores moderados de la UP han perdido capacidad real de maniobra y liderazgo, cediendo la oportunidad de arbitraje a los "poderes neutrales" (las Fuerza Armadas), los que finalmente decidirán la suerte del proceso.

Título: Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo
Autor: Peter Winn
Edición: LOM Ediciones. Primera edición en Chile, 2004.
Ciudad: Santiago de Chile
Género: Historia social

Tejedores de la revolución es la historia de la industria textil Yarur, pero sobre todo, la historia de sus trabajadores antes y durante la Unidad Popular. Se trata de un trabajo original tanto en cuanto a su objeto como en cuanto a su enfoque. En efecto, como indica Winn, “la mayoría de los estudiosos de la revolución chilena la han visto en términos de las políticas partidistas, culpando a comunistas o demócratacristianos, socialistas o nacionalistas, extrema izquierda o extrema derecha por su curso cambiante y su conclusión trágica. Lo que estas interpretaciones divergentes tienen en común –agrega Peter Winn– es su perspectiva: éstas son esencialmente visiones desde arriba, que asumen como hecho que los actores políticos nacionales eran los protagonistas principales en el drama revolucionario, e ignoran la relativa autonomía de los actores y movimientos locales” (pp. 20 y 21).

Lo que Winn nos propone como análisis histórico es un enfoque que no sólo tiene en cuenta, sino que reconoce el protagonismo de los movimientos sociales. Una de las tesis del autor es la que sostiene la coexistencia de una “revolución desde arriba”, la programada por los partidos y el liderazgo político de la Unidad Popular, y los efectos que ésta tuvo, cuando efectivamente triunfa la Unidad Popular en 1970, para desencadenar y potenciar una “revolución desde abajo”, desde la bases. Como indica Peter Winn, “el ‘triunfo popular’ de Allende tuvo un significado diferente para su base que para los políticos y planificadores de la Unidad Popular. Para los trabajadores, campesinos y pobladores de Chile, la elección de un “Gobierno Popular” era una señal para que ellos tomaran la revolución en sus propias manos y conquistaran sus aspiraciones históricas a través de la acción directa desde abajo. La promesa de Allende de que nunca usaría la fuerzas de seguridad del Estado contra “el pueblo” los liberó del temor de la represión gubernamental, y el compromiso de la Unidad Popular con los cambios estructurales, la redistribución de la riqueza y la satisfacción de las necesidades básicas de los pobres de Chile persuadió a muchos de que, actuando por sí mismos, estaban cumpliendo el programa de la Unidad Popular y avanzando en el proceso revolucionario. Para ellos, el significado subyacente de la elección de Allende era que ahora eran libres para hacer cumplir sueños largamente postergados” (p. 201).

El resultado, agrega Peter Winn, fue la liberación de una revolución desde abajo, que a veces coincidió o se complementó con la revolución legalista,

modelada desde arriba, pero en otros momentos y cuanto más aguda se hizo la crisis, divergió, se tensó o entró en contradicción con la revolución desde arriba.

Peter Winn tiene el cuidado de precavernos de que no hará simplemente “historia desde abajo”, sino que buscará fusionar el arriba y el abajo. En este sentido, la historia de Yarur, es la historia de sus dueños y la historia de los trabajadores. Y, por otra parte, la historia de los trabajadores de Yarur, durante la Unidad Popular, es la historia de sus iniciativas y de sus relaciones con el gobierno de Salvador Allende, y más ampliamente, de sus relaciones con el conjunto de la sociedad. No hay en este sentido ni una lectura dicotómica (el arriba y el abajo separados), ni maniqueísta (los buenos abajo y los menos buenos, arriba).

Lo que hay en este libro, es efectivamente una historia de los trabajadores de Yarur, antes y durante la Unidad Popular y en este contexto, un reconocimiento y una valoración de las iniciativas desplegadas por los trabajadores, considerados seria y finalmente, como sujetos históricos. Desde esta perspectiva, la noción de una “revolución desde abajo” da cuenta del espíritu colectivo y transformador, social y revolucionario que animó a muchos trabajadores chilenos durante la Unidad Popular.

Este trabajo es pionero en los métodos de la historia oral en Chile. Es la primera historia nacional que trabaja sistemáticamente con el testimonio de los propios protagonistas de la historia. El autor realizó más de 200 entrevistas, conversó con los Yarur, con los dirigentes, con los trabajadores de base y hasta con los vecinos de la industria Yarur. En este contexto, el autor se familiarizó con el lenguaje del pueblo, habló con ellos y en cierto modo, también el libro habla por ellos. Se hace visible entonces en el texto la cultura de la fábrica, sus códigos, sus dichos, sus implícitos, sus reservas, su machismo, sus cuidados, sus resentimientos, la astucia para saber cuando hay que actuar, con quién hay que conversar, cómo se organiza un sindicato, cómo se buscan los apoyos, etc. En suma, el texto da cuenta de una historia laboral, que parafraseando a E.P. Thompson, se construye a través de sus múltiples “mediaciones culturales”. Esta es historia social, pero al mismo tiempo es historia cultural.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.daneprairie.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.